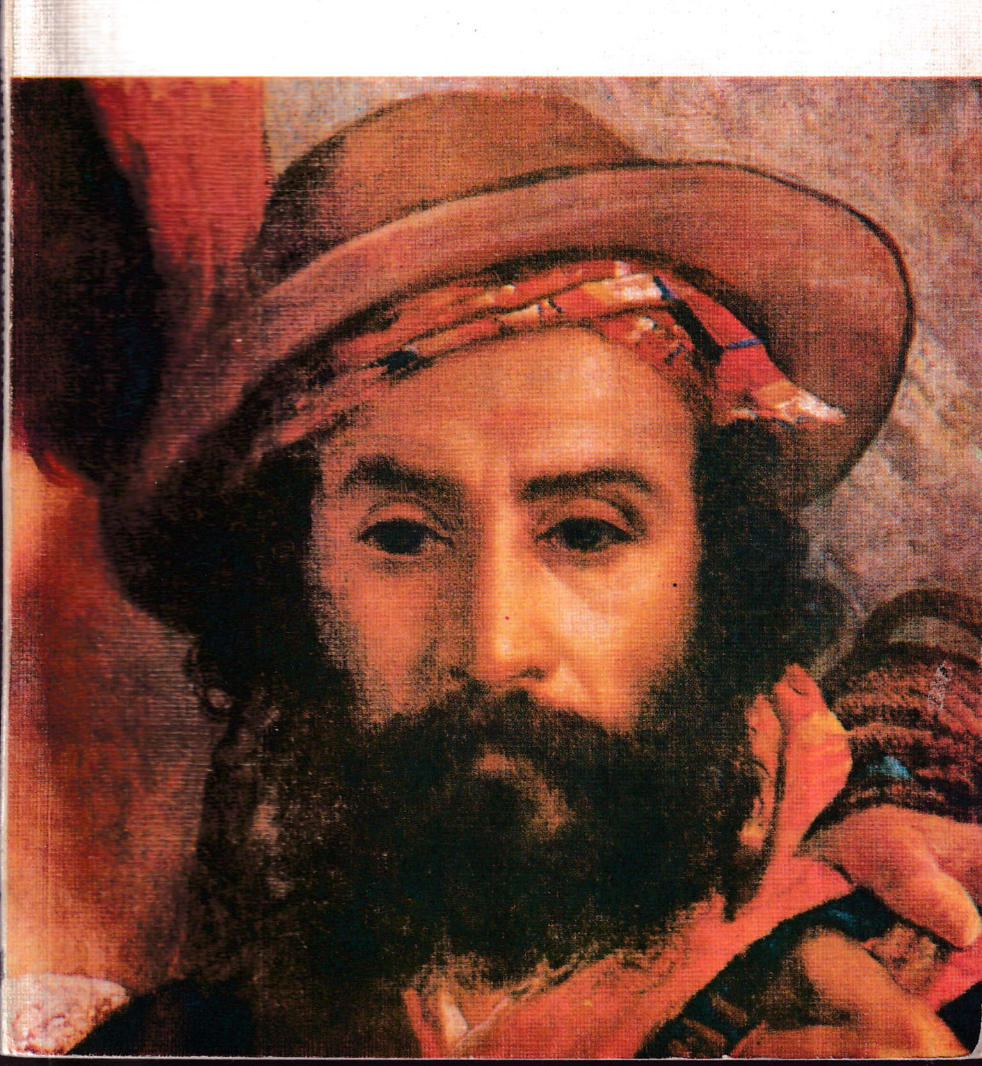
R. CUNNINGHAME GRAHAM

RELATOS DEL RIO DE LA PLATA



Roberto Cunninghame Graham

RELATOS DEL RIO DE LA PLATA

PROLOGO DE HEBER RAVIOLO



lectores de banda oriental

Carátula:
R.Q. Monvoisin
"Cabeza de gaucho"
Oleo sobre tela (detalle), 1859.



Gaboto 1582 - Montevideo - Tel. 4.32.06
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1988

PROLOGO

Un hombre de a caballo

Robert Bontine Cunninghame Graham nació en Londres en 1852, de padre escocés y madre mitad española. Se crió en Escocia, donde, desde temprano demostró su afición por la equitación y los caballos en general. Sus visitas a su abuela española, residente en una isla del canal de La Mancha, y a otros parientes maternos establecidos en Cádiz, lo familiarizaron con el idioma y con las costumbres hispánicas.

En plena juventud, en 1870, desechando los proyectos de su padre, resolvió independizarse y se marchó a la Argentina, en pos de un negocio ganadero que terminó en rotundo fracaso. Pero quedó atrapado por la atracción de aquellas inmensas soledades, de aquella pampa aún casi virgen. En pocos años se convirtió en un "gaucho" consumado, en un hombre de a caballo, capaz de todas las destrezas propias de los habitantes de la pampa, de la que nos dijo: *"Bien nombraron los antiguos quichuas a las llanuras con la palabra* [*pampa*] *que significa "espacio"; pues todo era vasto: la tierra, el cielo, el ondulante continente del pasto, las enormes manadas de vacunos y yeguarizos, los extraños efectos de la luz, las feroces y enceguecedoras tormentas y, sobre todo, la sensación de libertad en el ánimo de los hombres, de hallarse cara a cara con la naturaleza bajo aquellos cielos del sur"* ("La pampa").

En otro de sus relatos, "Paja y cielo" (c. 1913), añorará que *"donde hoy se mecen interminables sembrados de cereales, se mecían en otros tiempos los largos pastos vírgenes de color castaño, que daban a la pampa la apariencia de un océano."* (1) [...] *"algo había en la pampa que casi no era de este mundo; era tan natural que, en un medio donde todo es artificial y el hombre una especie de gigante que controla cuanto existe, parecía imposible verlo relegado a su posición primitiva, uno de tantos animales, provisto apenas de un poco más de inteligencia"*.

(1) La imágen pampa = océano es reiterada continuamente en sus textos. En esta selección pueden verse varios ejemplos.

"En el ancho océano de la pampa, donde parecían rolar las olas sin avanzar y sin retroceder, sin más mareas que la bajamar y la pleamar del invierno y del verano, todo era alegría [...] *Aunque acaso el estar tan cerca de la naturaleza lo aligeraba todo, ya que mirando debajo de la superficie era tan horrible como en cualquier otra parte: el hombre persiguiendo a los animales, estos cazándose entre sí, el indio acechando al gaucho y, en las pequeñas poblaciones aisladas por entonces, el europeo conquistador a punto de comenzar su carrera por esclavizarlos a todos y hacerlos desdichados* [...] *En las sombrías espesuras de los montes de espinillo y ñandubay podrán chirriar y retumbar las sierras mecánicas, alimentadas por hombres sudorosos y pálidos y anticipando el sabor de un infierno hecho de las simplezas que endiosamos; pero el vivo recuerdo de los días de avestruces y venados persistirá y se transformará en leyenda. Tal vez a la luz del día o, mejor aún, en el momento de la falsa aurora, cuando la niebla vela los pajonales, agigantando las cabezas fantasmales de la paja brava, quedará todo borrado y purificado y la llanura tomará por un momento su antiguo aspecto de gran océano interior, en que los avestruces parecen nautilus empujados por el alisio".*

Antes aún, en "Una raza que se extingue" (relato de "Father Archangel of Scotland", 1896), se había lamentado de la desaparición del gaucho, tal como lo había conocido hacia apenas veinte años: *"Así como el gaucho reemplazó al indio, lo reemplazará a él el colono europeo; otro tipo humano habrá desaparecido del mundo y se habrá dado un paso más hacia la fealdad universal"* [...] *"Boleadoras, lazo, gaucho, indio; pronto se habrán ido todos* [...] *Los hombres robarán en los despachos y en la bolsa de comercio con la pluma y el libro de contabilidad en vez de hacerlo en los caminos con el trabuco y el facón* [...] *Felices de aquellos a quienes les guste ese cambio porque sucederá según sus deseos. La civilización, cuya marca de una lata vacía de sardinas será plantada sobre la tierra con más seguridad que aquella cruz que plantó la Providencia en el cielo (con el expreso propósito de convertir a Constantino) y el espantoso manto de oscuridad y de hipocresía que suele acompañarla, habrán descendido sobre la pampa".*

Como podrá apreciarse por estas citas, Cunninghame, al igual que su amigo W.H. Hudson (2), fue en buena medida un adelantado

(2) Véase nuestra introducción a "El ombú y otros cuentos rioplatenses", en la segunda serie de esta misma colección. Hudson dedicó este libro a Cunninghame, *"el singularísimo escritor inglés que ha vivido con los hombres de a caballo de las pampas y los conoce (hasta el tuétano, como dirían ellos) y que es el único escritor europeo que ha descrito algo del color de esa vida remota, que rápidamente se desvanece".*

de las actuales inquietudes ecologistas. Conquistado por la gran llanura, pocos años le bastaron para integrarse plenamente a su vida sin barreras, de horizontes ilimitados, a sus costumbres y hasta a su escala de valores. Por eso, cuando treinta o más años después escribe sobre lo que le tocó vivir entre 1870 y 1878 en estas regiones, lamentará la agresión que en nombre del progreso y la civilización han sufrido aquellos territorios que recorriera en su juventud. Su actitud que, en aquella época de la "religión del progreso", puede haber sonado hasta reaccionaria, es seguramente mucho más comprensible, y hasta profética, desde una perspectiva actual. Pero no se limitó a una defensa de la naturaleza más o menos ingenua. En todo momento lo vemos lanzar sus dardos contra el "civilizador" europeo, desde una posición radical y antimperialista, como puede verse en alguno de los textos que acabamos de citar, y toda su ideología y su actividad política son coherentes con esa manera de pensar.

Cunninghame estuvo ocho años en el Río de la Plata durante esa primera visita, fundamentalmente en la Provincia de Buenos Aires. A poco de llegar, se vio mezclado, a su pesar, en la revolución de López Jordán (1870). En 1873/74 estuvo en Paraguay, con un cultivo de yerba mate, y en 1876 en el Uruguay, junto con su amigo G. Mansel, dedicado a la compra de caballos para venderlos al Brasil. Los cinco primeros relatos que incluimos en esta selección recuerdan episodios de esta etapa de su vida en nuestro país.

En 1878 volvió a Escocia, pero por poco tiempo. Visitó España, Francia, contrajo matrimonio con una francesa y a poco se fueron a Texas (San Antonio), donde estuvieron cuatro años, hasta 1883, no sin antes aventurarse en la ciudad de México, donde puso una academia de esgrima con el nombre de profesor Bontini, *"que le resultaba muy divertido"*, según nos cuenta John Walker (3). Cuando mejoró su situación económica volvieron a Texas y encontraron su hacienda saqueada por los indios. Don Roberto debió *"trabajar como intérprete, cazar búfalos, arrear tropas y adiestrar caballos para los ricos* [...] *Durante su permanencia en San Antonio conoció al famoso Búffalo Bill"* (4).

(3) Para esta breve reseña biográfica seguimos la Introducción de John Walker a: R.B. Cunninghame Graham: *"Temas criollos"*, seleccionado y editado por John Walker, traducción de Alicia Jurado, Emecé Editores, Buenos Aires, 1984. Además de este libro, para realizar la presente selección nos hemos servido de: R.B.C.G.: *"El Río de la Plata"*, selección de relatos publicados en la revista Hispania, 1ra. edición, Londres, 1914; 2da. edición, Joaquín Gil Editor Buenos Aires, 1938; y R.B.C.G.: *"Relatos del tiempo viejo"*, selección y prólogo de Antonio Aita, Peuser, Buenos Aires, 1955.

(4) John Walker, cit.

En 1883 murió su padre y tuvo que volver a Escocia. *"Fue en esa época que adquirió su caballo más famoso, Pampa, al que encontró tirando de un tranvía en una calle de Glasgow. Pagó 50 libras por este caballo criollo [...] Cuando escribió «Los caballos de la conquista» (1930) tuvo el gesto inusual de dedicarle el libro: «A Pampa, mi oscuro argentino que monté durante veinte años sin una sola caída. Que la tierra le sea tan leve como fueron sus pisadas sobre ella. Vale —o hasta luego—. Don Roberto». Pampa no fue un mero compañero de los momentos de ocio; cuando don Roberto entró en el terreno político, este gran personaje llegaba siempre al Parlamento a caballo"*. (5)

Fue en 1886 cuando, como miembro liberal, entró a los Comunes. Aunque rechazaba la etiqueta de socialista, siempre sostuvo ideas de avanzada. *"Defendió el sufragio universal, la educación libre y laica con una comida diaria gratuita, la jornada de ocho horas, la nacionalización de tierras, el impuesto progresivo a los réditos, los parlamentos trienales, la abolición de la Cámara de los Lores y la reforma de las cárceles, además de oponerse a la pena capital, y los castigos corporales"*. (6)

En 1892 perdió su banca parlamentaria y comenzó de nuevo sus viajes. Fue a España en busca de oro basándose en datos tomados de Plinio, y en 1897 intentó llegar a Tarudant, La Ciudad Prohibida de Marruecos donde ningún cristiano había puesto el pie. A su vuelta de Marruecos, donde estuvo prisionero de un *kaid*, se dedicó a escribir y entre 1898 y 1914 publicó casi un libro por año.

En 1914, al estallar la guerra, ofreció sus servicios al gobierno y se le encomendó la misión de comprar caballos para el ejército en el Río de la Plata. Fue su segunda llegada a esta región, que encontró tan cambiada. Los relatos "Los pingos" y "Bopicuá" reflejan este momento de su vida.

En 1917, en plena guerra, realizó un viaje a Colombia, también con el fin de comprar hacienda. Lo torpedearon y naufragó dos veces.

En 1925 fue a Venezuela, frente a cuyas costas había nacido su madre. Recorrió el Orinoco en un viejo barco y exploró los llanos, naturalmente a caballo. *"Describió vívidamente la belleza natural de los lugares que visitó, en «Los llanos de Venezuela». Durante su estancia fue invitado a comer con el dictador Juan Vicente Gómez. Fiel a sus principios, se negó a ir, diciendo: «Piensa, al parecer, que por aumentar la población en ciento veinte niños, podía redimirse de haber matado a centenares de hombres y de haber desterrado a otros*

(5) Ibídem.

(6) Ibídem.

ntos«" (7).

Don Roberto repartió sus últimos años entre Escocia y Londres, dedicado a andar a caballo y a escribir, sobre todo de América del Sur. Todavía le dieron las fuerzas para dos breves viajes, a Ceylán (1934) y a Sudáfrica (1935).

Y en 1936, a la edad de 84 años, resolvió volver a la Argentina. Zarpó el 18 de enero. Visitó "Los veinticinco ombúes" —la casa donde había nacido Hudson— y el 20 de marzo de 1936 murió en la moderna y cosmopolita Buenos Aires, la ciudad de la que había dicho: *"yo también he cabalgado por las calles del viejo Buenos Aires (el de antaño) casi siempre en un doradillo, escarceador y coscojero, de mi propiedad, con las grandes espuelas de plata pendientes del talón, camino del hotel de Claraz, después de entregar una punta de ganado en el saladero, en las afueras de la ciudad"*. ("Buenos Aires antaño").

Autor de alrededor de treinta libros (8), amigo de J. Conrad, Hudson y Bernard Shaw, Cunninghame nunca se consideró estrictamente un escritor. En su prólogo a "Allá lejos y hace tiempo" (9) nos dice: *"Conrad y yo [...] escribíamos con dificultad, él arrancándose los pelos y sudando gotas de sangre, y yo sentado, de mala gana, ante la odiosa y acusadora blancura de la cuartilla, y con el pensamiento siempre puesto en mi caballo que, atado a un palenque imaginario, me esperaba para que lo montase"*.

Y en otra ocasión (10), refiriéndose a Hudson: *"...siempre me pareció, en las raras ocasiones en que hablamos de literatura —pues, por lo general, nuestra conversación trataba de asuntos serios, como de caballos y sus marcas, o de los indios que ambos habíamos conocido en nuestras mocedades en la frontera—, que mostraba la parcialidad de un padre por «La tierra purpúrea»"*.

Sin embargo, la breve parte de su obra que ha llegado hasta nosotros traducida, nos revela un escritor de garra, limitado, sin duda,

(7) Ibídem.

(8) Obras de Cunninghame Graham: Notes on the District of Menteith, 1895; Father Archangel of Scotland, 1896; Mogreb-el-Acksa, 1898; The Ipané, 1899; Thirteen Stories, 1900; A Vanished Arcadia, 1901; Success, 1902; Hernando de Soto, 1903; Progress, 1905; His People, 1906; Faith, 1909; Hope, 1910; Charity, 1912; A Hatchment, 1913; Scottish Stories, 1914; Bernal Díaz del Castillo, 1915; Brought Forward, 1916; A Brazilian Mystic, 1920; Cartagena and the Banks of the Sinú, 1921; The Conquest of New Granada, 1922; The Conquest of the River Plate, 1924; Doughty Deeds, 1925; Pedro de Valdivia, 1926; Redeemed, 1927; José Antonio Páez, 1929; The Horses of the Conquest, 1930; Writ in Sand, 1932; Portrait of a Dictator, 1933; Mirages, 1936.

(9) Peuser, Buenos Aires, 1942.

(10) Prólogo a "La tierra purpúrea" de G.H. Hudson.

a un género que casi nunca se aleja de la crónica o de un tipo de relato que rara vez llega a concretarse en un cuento cabal. Pero hay en él, como nos lo dice en "El árbol del gualicho", *"un humorista que mira el mundo con cierta tristeza a través de su humor"*. Y esa mezcla de tristeza e ironía, de humor y añoranza, le da a sus relatos un particular encanto, aun cuando muchas veces no se aparten de la estampa o la descripción evocativa.

En esta selección hemos reunido todos los textos de Cunninghame que pudimos hallar traducidos, relativos al Uruguay, y los completamos con dos de los muchos que escribió sobre sus andanzas en la Provincia de Buenos Aires.

Son textos casi desconocidos, pues, que sepamos, hasta hoy no ha habido ninguna edición uruguaya de este autor, y las pocas ediciones argentinas son en su mayoría inencontrables.

Heber Raviolo

EL PASO DEL RIO

El río se tendía ancho y correntoso y hondo, al propio pie del pequeño caserío construido en la margen arenosa, cuyas casas enjalbegadas, de techos aplastados, parecían, desde el otro lado del *paso*, como hundidas entre árboles y jardines. En la región del oriente, las márgenes del río se perdían en tupidos bosques de *ñandubay*, de *coronilla* y de *chañar*. En la gran vuelta del río, el monte era tan densc que si se penetraba en él, en busca de caballos extraviados o de ganado *alzado* para volverlo al rodeo, podía uno creerse en un mundo muy distinto de las amplias praderas, cubiertas de pasto, que estaban a menos de una legua de distancia.

La maraña estaba cruzada de sendas por todas partes, que circuían los grupos de *tunas*, y se deslizaban por la orilla de los bañados. Del *espinillo de olor* y del *arazá* se escapaba un perfume casi tropical; las trepadoras entrelazaban los macizos de plantas y árboles con una red de cordaje vivo, impenetrable, obscura, como si la naturaleza retara al hombre diciéndole: "hasta ahí llegarás; más allá hay secretos que no te es dado averiguar".

Cruzaban por encima de las sendas como flechas, cien pájaros distintos, ya las *viuditas* con plumas blancas y negras y colas bifurcadas, estremecidas en el aire, ya los rollizos *jacús* de plumas metálicas purpúreas, ya el *francolín* de rápido volar. En las altas ramas de los árboles se veía los nidos de *hornero*. Los colibríes, esplendorosos como jacintos y más irisados que el berilo, se posaban para chupar la miel de las flores de tuna, que tenían forma de trompeta y colorido rojo oscuro reluciente. Más cerca al río los *corvejones* parecían meditar desde las ramas desnudas de los árboles; en la corriente pescaban las garzas, y los alciones aleteaban sobre la superficie de las aguas y se perdían entre el esparganio.

En los claros, pacían yeguas salvajes, con largas crines enmarañadas, que, resoplando, saltaban a perderse en la espesura a la primera vista de un hombre. Los ganados mansos que se habían extraviado, mugían y escarbaban el suelo al ver que alguien pasaba, como si de

alguna manera misteriosa, recordaran que en un tiempo sus antepasados habían sido tan salvajes como los venados de los bosques, que son los animales más ariscos del Río de la Plata.

Tal era el río en la región del oriente.

Por el norte, una línea de abruptas colinas pedregosas, de escasa altura, se extendía hasta las fronteras del Brasil; el pasto que allí crecía parecía como alambre y las piedras estaban como desparramadas al acaso, y entre ellas brotaban arbustos espinosos. Las colinas terminaban a una legua o dos de distancia de la margen del río, dejando un espacio de pradera libre hacia el oeste que gradualmente se inclinaba hasta llegar al *paso*.

Se veían huellas, muy semejantes a las que los árabes dejan en el desierto, hasta cuatrocientas o quinientas varas antes del último descenso. No eran huellas de ruedas, porque con excepción de la diligencia semanal y de una que otra carreta de bueyes, no pasaban más ruedas por aquel camino. Caballos y mulas y ganado y rebaños de ovejas, y más caballos, más mulas, más ganado, y más rebaños de ovejas, habían estampado aquellas huellas, pero la pradera era tan amplia y el tapiz de pasto tan robusto, que casi todas las huellas cesaban apenas llegaban a la llanura. Desde la última pequeña eminencia se veía el río, de un amarillo verdoso, rodando lentamente en su cauce, con remolinos silenciosos acá y allá.

Corría tan callado como si fuera de aceite; de vez en cuando ocurrían pequeños desbarrancos de arena o de lodo, que chapoteaban al tocar el agua y socavaban las orillas. A veces algún pez saltaba de la corriente y volvía a caer en recio chasquido, y en ocasiones, alguna tortuga erguía la cabeza por entre las aguas. El *paso* mismo se extendía de cuatrocientas a quinientas varas de ancho, y en la margen oeste se veían algunos ranchos de paja y una pulpería blanqueada. conocida con el nombre de "El Veinticinco de Mayo".

Delante de la puerta había una fila de *palenques* enclavados en el suelo para atar los caballos; allí se veían a todas horas del día, caballos atados, que pestañeaban al sol. Los *cojinillos* estaban doblados hacia adelante sobre las cabezas de las sillas, para mantenerlas frescas cuando hacía calor y secas si llovía; las riendas estaban sujetas por un *tiento*, para que no cayeran a tierra y fueran pisoteadas. Algunas veces salía un hombre de la pulpería con una botella de ginebra en la mano, o con algún saco de *yerba* que colocaba en su maleta, y luego, soltando cuidadosamente el cabestro, ensillaba su caballo, apoyaba el pie contra el costado y se encaramaba, arreglándose las *bombachas* o el *chiripá*, y emprendía camino hacia el *campo* al trotecito corto, que a eso de las cien varas se convertía en el galope lento de las llanuras; el

brazo derecho del jinete se alzaba y caía en rítmico movimiento, en tanto que el *rebenque* se bamboleaba contra el flanco del caballo manteniéndolo en un mismo andar.

Algunos de los caballos, atados a los palenques, estaban ensillados con *recaos* viejos cubiertos con pieles de carneros, otros relucían con enchapados de plata; a veces, algún caballo *redomón*, con ojos asustados, resoplaba y saltaba hacia atrás si algún incauto extraño se acercaba más de lo mandado.

De la pulpería salían en ocasiones tres o cuatro hombres juntos, algunos de ellos medio borrachos. En un momento, todos estaban a caballo con presteza, y, por decirlo así, tendían el ala como si fueran pájaros. Nada de embestidas infructuosas para alcanzar el estribo, ni de tirones de rienda, ni de entiesamientos del cuerpo en posiciones desairadas al hallarse ya a caballo, ni fuerte golpear de la pierna del otro lado de montar contra el costado del caballo, según el estilo de los europeos, se veía jamás entre aquellos centauros, que lentamente empezaban a cabalgar. Ocurría que algún hombre que había bebido demasiado generosamente *carlón* o *cachaza*, coronándolo todo con un poco de ginebra, se mecía en la silla de un lado a otro, pero el caballo parecía sostenerlo a cada balanceo, manteniéndolo en perfecto equilibrio, merced al firme agarre de los muslos del jinete.

Una recia empalizada de postes de *ñandubay*, clavados "palo a pique", rodeaba la casa, dejando sólo una angosta entrada que podía cerrarse fácilmente con una *tranquera* larga, lo que era una precaución a veces necesaria cuando algún gaucho pretendía entrarse a caballo al patio de la casa.

La puerta de la casa daba a un cuarto de techo bajo, con un mostrador en medio de muro a muro, sobre el cual se alzaba una reja de madera, con una portezuela o apertura, a través de la cual el patrón o propietario pasaba las bebidas, las cajas de sardinas, y las libras de pasas o de higos, que constituían los principales artículos de comercio.

Por el lado de afuera del mostrador haraganeaban los parroquianos. En aquellos días la pulpería era una especie de club, al cual acudían todos los vagos de las cercanías a pasar el rato. El rastrilleo de espuelas sonaba como chasquido de grillos en el suelo, y de día y de noche, gangueaba una guitarra desvencijada, que a veces tenía todas las cuerdas de alambre, o de tripa de gato, remendadas con tiras de cuero. Si algún *payador* se hallaba presente, tomaba la guitarra de derecho, y después de templarla, lo que siempre requería algún tiempo, tocaba callado algunos compases, generalmente acordes muy sencillos, y luego, prorrumpía en un canto bravío, entonado en alto falsete, prolongando las vocales finales en la nota más alta que le era posible

dar. Invariablemente estas canciones eran de amor y de estructura melancólica, que se ajustaba extrañamente con el aspecto rudo y agreste del cantor y los torvos visajes de los oyentes.

Solía suceder que algún hombre se levantara, llegara a la ventanilla de la reja y dijera: "carlón"; recibía un jarro de lata, lleno de ese vino catalán, capitoso, de color rojo oscuro, como de medio litro; lo pasaba alrededor a todos los ociosos que allí se hallaban, comenzando por el *payador*.

En circunstancias iguales, en la América del Norte, se le daba un puntapié al mostrador, diciendo: "How", y agregando tal vez algo por este estilo: "Hola, muchachos, por la pelambre de vuestras cabezas". Pero en la pulpería a orillas del Yí, la etiqueta consistía en tomar el jarro, murmurando: "gracias", o cuando se trataba de un hombre de pro, alguna frase relamida, porque aunque todos los hombres, en todo el mundo, son esclavos de la etiqueta, las formas de ésta son distintas en los diversos países, así como unas estrellas se diferencian de otras en brillo y en tamaño.

Llegaban transeúntes, que saludaban al entrar, bebían en silencio y volvían a irse, tocándose el ala del sombrero al salir; otros se engolfaban al punto, en conversación sobre alguna revolución que parecía inevitable u otros temas del *campo*; sucedía lo que en los clubs; algunos hombres conquistan amistades con facilidad, y otros se pasan la vida parapetados detrás del cuello de su camisa, sin hablarle a nadie. En ocasiones, sobrevenían riñas a consecuencia de alguna disputa, o bien sucedía que dos reconocidos *valientes*, se retaran a primera sangre, tocándole pagar el vino, o cosa parecida, al que perdiera.

Eran de verse entonces los aprestos minuciosos: zafábanse las espuelas y se las entregaban al pulpero; se envolvían el poncho en el antebrazo. Luego, algún individuo reputado de autoridad en la materia les indicaba a los combatientes cómo debían empuñar el cuchillo, dejando una o dos pulgadas a la mitad de la hoja, fuera de la mano, y la lucha empezaba. En estas peleas se observaban las fórmulas más estrictamente que cuando se peleaba en serio, y los golpes al cuerpo estaban prohibidos. Por lo general, después de mucho saltar atrás y adelante como gatos, de pases, quites y paradas, recibiendo los golpes en el antebrazo, protegido por el poncho, suspendían la contienda para tomar aliento, en tanto que los circunstantes analizaban los golpes. Como las cortadas apuntaban todas al brazo o al rostro, la brega duraba siempre cinco o seis minutos, y cuando por fin saltaba la sangre, el vencido, al pedir el vino, lo pasaba con la mayor cortesía a su antagonista, quien se lo devolvía haciéndole grandes cumplimientos; esto era, por decirlo así, el verano tranquilo de la vida de las pulperías; pero

veces surgía alguna tempestad furiosa; por el mucho beber, o por cualquier otra causa, algún hombre empezaba a vociferar como loco y sacaba a relucir el facón.

Me acuerdo de algo por el estilo en una pulpería, cerca de Bahía Blanca: un viejo adusto, con larga cabellera gris que le cubría los hombros, saltó repentinamente hacia el centro de la estancia, y sacando el cuchillo, empezó a golpear en el mostrador y en los muros, gritando: "Viva Rosas; mueran los salvajes unitarios", echando espumarajos por la boca. Su aspecto era tan terrible, que casi todos los concurrentes sacaron sus armas, y deslizándose como gatos al *palenque*, les quitaron las maneas a sus caballos, quedándose al lado de ellos, listos para cualquier evento. El pulpero se apresuró a cerrar las ventanas, y puso una fila de botellas vacías sobre el mostrador, para disparárselas a la concurrencia en caso de necesidad. Pasado un minuto, que, lo confieso, pareció una hora, y después de haber amenazado a todo el mundo con la muerte si no gritaban "Viva Rosas", el cuchillo se le cayó de las manos al anciano, y él mismo, tambaleando hacia un asiento, se desplomó en él silenciosamente, meciéndose de adelante para atrás y murmurando algo incoherente entre la barba.Los gauchos envainaron sus cuchillos y uno de ellos dijo: "Es *ño Carancho;* cuando está en *pedo* se acuerda siempre del difunto; déjelo en paz".

El propietario de la pulpería en el Yí era un tal Eduardo Peña, una especie de cruza entre gaucho y burgués; usaba chaqueta y chaleco, y no llevaba cuello en la camisa. Vestía bombachas muy sueltas, recogidas en las cañas de sus altas botas de montar que tenían topes de charol marcados con un águila bordada en hilo rojo. Era alto y atlético. El bulto que podía verse por entre su chaqueta cerca del codo derecho, indicaba en dónde llevaba la pistola. En política todos sabían que era blanco, aunque generalmente no sacaba a relucir sus opiniones, siendo, como él mismo lo decía, "una especie de guitarra en que todos tocan".

Jamás se le había visto poseer un buen caballo, cosa que él explicaba diciendo que era medio marino, por ser el propietario de la balsa del paso.

Manejaban la balsa, que era un puente flotante, unos hombres que tiraban de una cuerda; la arrastraban según la corriente a través del río. El hecho de ser propietario de la balsa le daba a Eduardo Peña una posición de importancia, una dignidad entre estanciero y comerciante de la ciudad. Aunque había un vado en tiempo normal, tres o cuatrocientas varas arriba del puente flotante, muy pocos lo usaban, por ser

hondo y peligroso, y tener el fondo lleno de hoyos. Después de unas horas de lluvia, se ponía impasable.

Haraganeando a la orilla del río se estaban siempre los *balseros*, por lo general correntinos, raza de hombres anfibios, tan a su amaño en una canoa, como sobre el lomo de un caballo, altos, cenceños y *aindiados*, y que hablaban un dialecto hispano muy salpicado de *guaraní.*

A eso de cien varas de la orilla se veía un amontonamiento de ranchos de paja, unos, otros cubiertos con latas viejas. Allí vivían las *chinas*, que realizaban un próspero tráfico de amor entre los transeúntes. Algunas de ellas, como la "Botón de oro", la "Molinillo de Café", y sobre todo una mestiza llamada generalmente "La Lancha" casi eran dignas de ocupar un puesto en la historia, si se tiene en cuenta el largo tiempo que vivieron en aquella localidad y sus cualidades de resistencia.

Todas sabían manejar el cuchillo llegado el caso, y temerario hubiera sido el hombre que quisiera ganarles de mano al "monte", a la "taba" o a cualesquiera otros juegos de los llamados de azar, a que se dedicaban los visitantes del *paso.*

Bien cierto es que los extremos se tocan en todo el orbe; era curioso observar costumbres semejantes a las de los griegos en aquellos ranchos, próximos a la balsa del Yí. Si alguna de las *chinas* estaba ocupada en lo que, por falta de vocablos más explícitos, pudiéramos llamar *l'ouvrage de dames*, dejaba caer el cuero de yegua, que hacía veces de puerta en su rancho, y nadie se atrevía a molestarla, así como en la antigua Hélade, las señoras de la misma profesión solían cerrar sus puertas en casos análogos. Toda la noche tintineaban las guitarras en los ranchos; durante el día, por lo general, sus habitantes reposaban, recuperando las fuerzas hasta que llegaba la noche, hora en que salían y se sentaban afuera aguardando parroquianos; de aquí que se las llamara generalmente las *murciélagas*. Aunque el río sólo distaba unas cien varas de los ranchos, nadie había visto jamás que las *murciélagas* se bañaran o que tomaran más de un cantarillo de agua corriente. Si se les hubiera preguntado, lo probable es que contestaran: "Sólo los indios se lavan. Nosotras somos cristianas y limpias", o cosa por el estilo. De esta suerte el orgullo de raza ciega a la gente a su propio bienestar y le roba los sentidos, inclusive el del olfato.

Día tras día aguardaban caballos y ganados cerca del *paso*. Sus amos llamaban a la balsa que, con seguridad, estaba siempre del otro lado, y esperaban sentados a caballo con una pierna cruzada sobre la cabeza de la silla, fumando sus cigarrillos.

Un tenue polvillo verduzco de todos los estiércoles concebibles, flotaba en el aire en los días serenos, y como no había árboles a media

legua a la redonda, el calor era insoportable y las pocas enramadas vecinas que pudieran brindar abrigo, estaban siempre ocupadas.

Las reses doblaban la cabeza como si estuvieran en el *rodeo*, y los peones, apostados en la orilla por temor de una estampida, dormitaban en sus *recaos*, manteniendo un ojo medio abierto, alertas al menor movimiento de la manada. Algunas veces llegaban partidas de mulas cerriles, del Brasil. A la primera vista de la gran balsa que llegaba a la orilla, se asustaban, y en un momento, desaparecían en el campo entre nubes de polvo. Los peones negros de Río Grande, galopaban a todo correr para hacerlas volver. Otras veces, el dueño o capataz de la partida, generalmente algún brasilero cetrino, jinete en un caballo cubierto de arreos de plata, con la silla mantenida en su puesto por una baticola —cosa que raras veces se veía entre los gauchos de las llanuras—, con una espada metida por entre las cinchas, y un par de pistolas de mango de plata en el arzón, se lanzaba al galope y lograba desviar las mulas a algún bañado o rincón del río o a la vera de algún monte, en donde se calmaban y aquietaban poco a poco. Generalmente, todo iba bien en tanto que los animales se mantenían juntos, pero si se separaban y partían en diferentes direcciones, pasaban días y días antes de lograr traerlos todos al *paso*. Como la mula que una vez se había escapado quedaba enviciada, era preciso tener el mayor cuidado, y se las traía en partidas de veinte en veinte, haciéndolas entrar a la balsa para transportarlas al otro lado.

También sucedía que todos los esfuerzos resultaran vanos. Entonces les llegaba la oportunidad a Don Eduardo Peña y a sus hombres. En primer término contrataba a todos los peones que se hallaban por aquellos lados y luego arreaban la partida al vado. Dos correntinos en sendas canoas, uno del lado de arriba y otro del lado de abajo, canalete en mano, se mantenían listos a impedir que los animales que atravesaban el río a nado, fueran arrastrados por la corriente. Con el mayor cuidado e infinitas precauciones, los animales eran conducidos hasta el vado. Cuando ya se les tenía apiñados en la orilla, llenos de espanto, los jinetes llegaban sobre ellos dando gritos. Empujando sus caballos contra las mulas, vociferaban, sacudiendo sus lazos y sus *rebenques*. Por fin, alguna mula más audaz o de mayor experiencia que las demás, empezaba a estirar las orejas hacia el agua, dando un paso cauteloso. Este era el momento de que el ruido cesara, porque las mulas son cien veces más serenas y más seguras de sí mismas que los caballos, y si una mula entraba, había diez probabilidades contra una de que la siguieran las demás. Si la primera mula se decidía y empezaba a nadar, las demás la seguían, y gradualmente toda la partida caía al agua, sacando las cabezas, rectas como los camellos, y dejando traslucir el perfil del lomo

por entre las aguas, a medida que nadaban.

Los correntinos en sus canoas sacudían el agua con los canaletes, para mantener juntos a los animales, y cuando ya todos estaban nadando, bogaban al lado de ellos para impedir que se volvieran. Los negros brasileros atravesaban el río nadando en sus caballos y el capataz, después de haberlos visto llegar al otro lado y recoger las mulas, cabalgaba lentamente hacia la balsa, obligaba a fuerza de espuela a su caballo a entrar en ella, y llegaba seco al otro lado.

También solían sobrevenirle aventuras al capataz; recuerdo de uno que iba en un caballo domesticado sólo a medias, que saltó con él por encima de la barandilla de la balsa en mitad de la corriente. Maldiciendo en portugués y echando agua por la boca como una ballena, se encaramó de nuevo en la balsa, y, como gaucho perfecto que era, llevando todavía las riendas en la mano. Su caballo nadaba detrás de él. La corriente, que era muy fuerte, lo arrastró de costado, hasta que, flotando inerte, continuó a remolque.

El *cojinillo* se había doblado hacia afuera, dejando ver un par de *boleadoras* colocadas a través de la silla, debajo del asiento. Poco a poco la corriente empezó a llevárselas, en medio de las risas de los pasajeros de la barca. En el momento en que ya iban a desaparecer, un gaucho que estaba a caballo, se arrojó de costado y colgándose del carcañal, alcanzó las *boleadoras* con la punta del facón.

El brasilero, desconcertado, con ambas manos ocupadas en mantener fuera del agua la cabeza de su caballo, murmuró un: *''Muito obligato''*, que produjo una risotada entre los circunstantes. Todo el día la balsa pasaba de un lado a otro, y Don Eduardo Peña se entretenía, fumando y cobrando los pasajes, y yendo de vez en cuando a la pulpería a tomarse un vermouth o un vino seco con algún amigo. Todo el día la corriente de vida que fluía al Brasil hacia el norte, y al sur hacia la capital, se concentraba en el *paso*.

Veíanse jinetes tan inmóviles como estatuas, que aguardaban su turno, sin dar más señal de vida que cuando sus caballos sacudían la cabeza haciendo chasquear entre los dientes las *coscojas* del bocado. Unos jinetes llegaban al *trotecito corto* en caballos que tascaban el bocado, con las riendas en la mano tenidas como si fueran hilos de seda; otros llegaban dando saltos y brincos en *redomones* que se espantaban al ver la balsa y que sólo entraban en ella después de tenaz resistencia. Llegaban también grandes partidas de ganado, manadas de corderos, largos trenes de carretas cargadas de lana, y, una vez a la semana, la diligencia arrastrada por seis caballos; en otro, que venía a ser el séptimo, iba un muchacho que llevaba un lazo atado de la cincha a un gran garfio de hierro enclavado en la lanza del recio vehículo, que

pasaba entre un crujir de vidrieras, envuelto en densa polvareda.

Tal era la vida del *paso*, centro y resumen de la vida del gaucho en el Uruguay.

Sin duda hoy algún horrendo puente se tiende a través del Yí. Por él pasarán los trenes estremeciendo el aire, y los viajeros que de ellos se inclinen para ver el *Paso*, que en su día fue el centro de interés de la vida entre Durazno y San Truchón, lo mirarán con ojos vacíos y desmayados, tocarán la campanilla y preguntarán cuánto tiempo faltará para la hora de comer.

CARLITOS EL GAUCHO
(de *"Mirages"*, 1936)

La pulpería se hallaba sobre una lomita, rodeada de un monte de durazneros. Sus paredes blanqueadas, el techo plano y la puerta tachonada con clavos de hierro, le daban el aspecto de las casas de Utrera, Ecija o cualquiera de las ciudades de la tierra de María Santísima. Allí concluía la semejanza: una puerta lateral se abría a una habitación que era en parte almacén y en parte despacho de bebidas. Colgando de unas perchas se veían cinchas, estribos, frenos, riendas y aperos diversos. Sobre los estantes, piezas de algodón de colores chillones y ponchos hechos en Birmingham. Los frascos de perfume barato, por lo general agua florida, altos, angostos y de cuello largo, llevaban la imagen de una muchacha de mejillas coloradas, ojos como platos y un aire de mala vida que, honestamente, nunca vi entre las hijas de la Banda Oriental, nombre que se daba entonces a la república del Uruguay.

Sobre el mostrador de madera había varias hileras de botellas: ginebra, caña, hesperidina de Bagley, vermut y diversos jarabes: cassis, naranjada y horchata, conocidos por el nombre de *refrescos* y muy consumidos por el bello sexo.

El propietario estaba protegido por una reja que llegaba casi hasta el techo, para cuando se armara lo que daba en llamarse *un barullo de Jesucristo*, después de una discusión entre dos payadores rivales o entre dos gauchos acerca de la marca que uno u otro recordaba haber visto en un caballo, hacía diez o doce años. Entonces el dueño se retiraba, cerrando el portillo a través del cual servía las bebidas, en vasos gruesos y pesados con un fondo de enorme espesor, que nunca volví a ver hasta que, años después, llegué a Corpus Christi, en Texas. Allí permanecía apartado, aferrando una botella y listo para arrojarla, pues siempre había a mano una buena pila de botellas vacías para servir de proyectiles en esa clase de emergencias.

Fuera, los caballos de los clientes estaban atados a sólidos postes de madera dura, llamados *palenques*: zainos, oscuros y tostados, bayos, alazanes, tordillos de todos los matices, desde el negro al pla-

teado y toda clase de overos y tobianos, con los ojos huraños y un aspecto de no servir sino para que se asiente un chimango, como decían los gauchos; miraban nerviosamente en derredor al menor ruido o, si eran mansos, esperaban pacientes al sol con los ojos semicerrados, las cabezas gachas y descansando una pata.

Sus dueños se vestían con *chiripá,* esa curiosa prenda que debieron de haber tomado de los indios en los tiempos antiguos y consiste en una pieza larga de algodón o de hilo, sujeta a la cintura por una faja de seda, anudada y pasada por entre las piernas para formar un pantalón al meter bajo la faja el extremo anterior; usaban algún tipo de chaqueta, una blusa de lana con pliegues o un saco largo de alpaca. Todos tenían ponchos, que llevaban en el brazo o puestos, en cuyo caso los levantaban los facones como un botalón despliega una vela. Los sombreros eran muy pequeños y parecían mantenerse en equilibrio sobre las matas de pelo, duro como cola de caballo; cuando soplaba el viento, los sujetaban con una cinta negra de la que caían dos borlas, en general grasientas por el largo uso. Cuando se apeaban, caminaban hamacándose como caimanes en tierra, haciendo sonar las enormes espuelas conocidas por *lloronas o nazarenas.*

Pedían caña o ginebra, golpeando el mostrador con el rebenque o con el plano del facón. La etiqueta requería invitar a los presentes y, en cualquier caso, ofrecer el vaso al hombre más próximo, que lo tocaba apenas con los labios y lo devolvía con un grave *"gracias, caballero"* o *"amigo"*, según el caso.

Guardaba la casa y ayudaba a llevar la hacienda al corral, una jauría de perros de aspecto hambriento, que habitualmente corrían a morderle la cola al caballo de cualquiera que pasase por allí.

Una carreta vacía, cubierta de paja y con la pesada pértiga levantada como si fuese un mástil, servía de gallinero y protegía del sol a los pollos flacos y alborotados o a un gallo de riña atado con una cuerda.

Como la casa no estaba lejos del sitio donde la balsa llevaba los caballos de los viajeros o las tropas de hacienda, para cruzar el río Yí, algunos ranchos de paja, habitados por muchachas indígenas o mujeres que ya no podían ganarse la vida en la capital, eran la morada de aquellas que comerciaban con el amor.

Las gentes del campo las llamaban siempre las *quitanderas*: nadie me pudo explicar el origen del nombre, que será problema para filólogos.

En aquel lugar, en la mañana del día de Santa Rosa de Lima, época en que en el Uruguay los campesinos siempre esperan una tormenta, había un aire de tensión y de tranquilidad desusadas, como

parece apoderarse de la gente, en todos los países del mundo, después de una tragedia. La puerta lateral de la *pulpería* estaba desierta: tampoco había grupos de gauchos ante el mostrador, conversando gravemente sobre la próxima revolución que sin duda estallaría, si los malditos blancos o colorados, según el caso, permanecían demasiado tiempo en el poder. No se difundía, en el aire pesado y quieto, el sonido de ninguna guitarra, con sus cuerdas compuestas y añadidas con tientos casi tan finos como un alambre. No se oía ninguna voz aguda cantando en falsete ya un triste, ya una elucubración de un bardo local tan ingenua como: "En la puerta de mi casa, hay un plato de vinagre; el que se ría de mí, se está riendo de su madre".

No había nadie sentado en el suelo, dibujando o, como decían ellos, "pintando" marcas de caballos con el dedo sobre el polvo, o grabándolas con la punta del *facón* sobre la puerta para confirmar su argumento. Tres o cuatro hombres serios, de edad madura pero sin un solo cabello de plata en sus cabezas negras, conversaban en voz baja con el propietario.

Se habían acallado las risas agudas de las *quitanderas* y de vez en cuando alguna de ellas, con la cara sin pintar y un manto negro echado a los hombros, atisbaba desde el rancho con la timidez del animal salvaje que se asoma a su guarida.

"Che, amigo Azcoitía", dijo uno de los del grupo que estaba a la puerta de la *pulpería*, conversando quedamente. "El comisario no se ha apurado mucho. Ese *chasqui* que usted mandó a la madrugada después de la 'desgracia', en su mejor caballo (aquel *zaino* que le compró a un brasileño por una espuelas de plata, dos patacones y una botella de ron) mandándole al chico, al Ramón, que no mezquinara el *rebenque* ni las espuelas, no ha podido tardar más de dos horas, cuando más, para llegar a la *Estancia de los Sarandís* donde vive el comisario".

"Ya lo sé" contestó el dueño de la pulpería, "pero la ley camina con pies de plomo".

"Tal vez no hallaron los caballos o llegaron noticias de la revolución; sólo Dios sabe y El, aunque lo sepa, nunca nos informa, de modo que a nosotros poco nos importa lo que sabe".

"Herejes", dijo uno de los gauchos con una sonrisa; luego, atajándose los ojos con una mano tan morena que parecía tallada en caoba, exclamó: "*¡Caray, amigo!* Veo a tres hombres de a caballo en la *loma*, allá lejos, que galopan para aquí".

Pese a todos sus esfuerzos, el propietario vasco no vio nada durante por lo menos medio minuto, aunque don Fulgencio, el gaucho viejo, seguía murmurando: "Sí señor, es el comisario. *¡Lindo el lobuno!* ¡Qué buen galope! Los pobres soldados, con sus matungos, manejan

el rebenque como manija de bomba para poderlo seguir''.

Poco a poco se hicieron más nítidas las figuras de hombres y de caballos hasta que el propio dueño de la pulpería los pudo ver con claridad. Acercándose a la casa envueltos en una nube de polvo, se arrimaron al *palenque* y desmontaron.

Don Exaltación Rodríguez, comisario de la Sección de Porongos y del Yí, se bajó despacio del caballo. Aunque entraba en la edad madura e iba adquiriendo la corpulencia que la función pública siempre imparte a los hombres de la América del Sur, de España y del oriente, todavía hacía buena figura sobre su pingo, un lobuno con raya negra en el lomo y marcas acebradas en las corvas. Entregó las largas riendas blancas, de tientos bien trenzados y con virolas de plata cada seis pulgadas, a uno de sus soldados de fiero aspecto que había obligado a su caballo, a fuerza de juramentos y de rebencazos, a arrimarse al *palenque* de la pulpería, llamada La Flor de Mayo. (1) Salió a recibir al representante de la ley el dueño, un vasco español, fuerte, musculoso, con un pelo negro que contrastaba extrañamente con sus ojos de color azul oscuro y vestido como los gauchos de más categoría: amplios pantalones turcos de merino negro llamados *bombachas* en la República del Uruguay, una chaqueta liviana de alpaca, alpargatas de suela de cáñamo y sobre la cabeza la boina nacional azul de las provincias vascongadas.

''Buenos días, don Exaltación'', dijo, ''entre y venga a hacer once. Tengo la mejor caña del Brasil, vermut, ginebra del arbolito, vino seco español y una barrica del mejor carlón de Cataluña''.

El comisario, que había puesto cara de circunstancias, le devolvió el saludo gravemente, agradeció y dijo: ''Primero, tengo que ver al muerto. Espero que nadie haya tocado el cadáver, como ordenan en estos casos las leyes de la república''.

''Todo está en orden, don Exaltación; el hombre está donde cayó, porque aunque la pelea fue dentro de la casa, salió a los tumbos hasta el *galpón*, sosteniéndose las tripas con la mano izquierda y agarrando todavía el *facón*; murió sin decir una palabra, como muere el tigre acorralado por los perros después de recibir una docena de heridas''.

''Basta, amigo'', contestó el representante de la autoridad. ''Para un hombre de su tierra tiene bastante jarabe de pico, aunque eso es propio de los de su oficio''.

Sin decir más, el pulpero los condujo al galpón. Los caballos de tres o cuatro gauchos que al pasar la comitiva se sentaron, tirando de

(1) En ''El paso del río'' le atribuye el nombre de ''El veinticinco de mayo''.

los bozales, fueron causa de que el del comisario, que estaba maneado y con las riendas atadas al recado, arqueando el cogote como caballo de ajedrez, hiciera sonar sus aperos de plata.

Las grandes espuelas de los gauchos, arrastrándose por el suelo, completaban aquella orquesta.

El aire estaba pesado, el cielo tormentoso y, de vez en cuando, breves ráfagas de viento levantaban el polvo en remolinos que parecían conitos invertidos, señal segura de que se venía el *pampero* desde las lejanas llanuras del sur.

Haciendo seña con la mano para que ninguno se acercara, el comisario se quitó el sombrero, se santiguó furtivamente, tiró el cigarrillo negro brasileño y levantó el pañuelo blanco de algodón bordado que alguien, tal vez una *quitandera*, había puesto, desafiando la ley, sobre la cara del muerto. Azcoitía estaba en lo cierto cuando afirmó que el hombre yacía dónde había caído. Estaba vestido como un gaucho pobre: un *chiripá* de algodón, sucios calzoncillos blancos y los pies, que se levantaban tiesos de esa manera conmovedora en que suelen hacerlo en quienes padecieron muerte violenta, llevaban botas hechas con el cuero de una pata de novillo, dejando los dedos al aire.

Había caído el hombre con el brazo derecho bajo la cabeza. El izquierdo permanecía aún en actitud de sostenerse los intestinos, aunque los dedos se veían relajados y bajo el *chiripá* se observaba claramente el bulto de las entrañas salidas, manchando de sangre los calzoncillos blancos. El golpe definitivo fue otra herida abierta arriba del corazón, que no había dado mucha sangre, seca ya sobre la camisa blanca plegada. Alto, flaco y musculoso, tenía el largo pelo rubio desparramado sobre los hombros, pues en aquel tiempo todos los gauchos usaban el cabello largo y se enorgullecían de él. Su barba castaña y su rostro, tostado por el sol, mostraban que era europeo pero que había vivido mucho tiempo en las llanuras del Uruguay. Su rostro estaba sereno, excepto por un pequeño rictus que mostraba los dientes, fuertes y blancos como el marfil. Tenía las manos musculosas y morenas, con algunas cicatrices viejas que pudieron ser de otras peleas, en el curso de una vida tumultuosa.

Sus ojos, muy abiertos, eran grises y se adivinaba en seguida, por la contracción de los músculos en los ángulos, que estaban acostumbrados a los grandes espacios abiertos. Alrededor de ellos habían empezado a zumbar las moscas.

Muy serio, el comisario miró al muerto casi con admiración y dijo: "¡Pucha, qué heridas! Vean donde el mango del *facón* ha dejado una marca sobre la camisa; bastaba para matar un novillo. ¿Hace cuánto que murió, Azcoitía? Dígame como se llamaba y cómo llegó

a morir''. El vasco, en la curiosa jerga con que tantos de ellos reemplazan al castellano, usando adjetivos femeninos con sustantivos masculinos y viceversa, comenzó su relato. Tres o cuatro gauchos, los dos soldados harapientos y varias de las *quitanderas*, sobrepuestas a su temor, se quedaron cerca para escucharlo.

''Señor comisario, éste fue un hombre valiente. Todos lo conocían por Carlitos el Inglés. Durante años anduvo por la república, trabajando a veces de *tropero* o de domador, a pesar de sus cuarenta y cinco años; para él no había caballo chúcaro''.

Un gaucho interrumpió: ''No, señor; parecía mentira verlo montar un potro, con recado o en pelo. *¡Pucha, gringo lindo!* Era más gaucho que nosotros y sabía más de campo que el mismo Satanás que, como usted sabe, sabe más por viejo que por diablo''.

Los otros gauchos que estaban alrededor del cadáver asintieron con la cabeza, comentando: ''Sí, señor; es verdad lo que ha dicho Fulgencio''.

''Suficiente'', dijo el comisario, que había estado tomando lo que él llamaba datos, en un cuadernito gastado y con un pedazo de lápiz grasiento que permanecía tanto tiempo dentro de su boca como sobre el papel. Volviéndose hacia el vasco Azcoitía, agregó: ''Dígame de qué modo murió''.

Azcoitía retomó su relato. ''Señor comisario: a este Carlitos, aunque era un hombre instruido, que conocía la pluma y leía su propia lengua, el castellano y el francés, mejor que cualquier *doctorcillo*, le gustaba vivir con los gauchos y ser uno de ellos. Como dijo don Fulgencio, era un gran domador; manejaba el lazo y las *boleadoras* mejor que ninguno, pero su mayor orgullo era su destreza con el *facón*. Cuando oía hablar de algún *valentón*, andaba muchas leguas para encontrarlo y, cuando eso sucedía, en una pulpería casi siempre, Carlitos lo saludaba con tanta cortesía como si fueran viejos amigos y solía dejarlo tendido, mostrando el ombligo, como decimos en el Yí''.

El comisario, hombre de malas pulgas, al decir de los gauchos, lo interrumpió con impaciencia. ''¡Jesús, qué lengua, larga como un lazo! Amigo, usted debió quedarse en su país y hacerse fraile. Dígame sin vueltas ni rodeos, cómo murió este Carlitos y quién lo mató; pero no aquí: hay que respetar al muerto''.

Mientras pasaban a la *pulpería*, una de las *quitanderas* entró en el galpón, cubrió el rostro del muerto con un pañuelo de seda, se arrodilló y dijo: ''Carlitos era un hombre generoso y valiente: cuando tenía plata, nadie era más liberal que él''. Generoso y valiente: ¿qué más puede querer un hombre que se diga de él después de muerto?

Haciéndose la señal de la cruz en el pecho y en la boca, murmuró

una breve oración, apenas audible, según la costumbre del país. Luego se levantó y se envolvió en su manto negro, adquiriendo por un momento esa dignidad que imparte la sinceridad. Después, saludando cortésmente al comisario, salió del *galpón*. Cuando se dirigían hacia los caballos, se desató de golpe la tormenta que amenazaba desde hacía rato. Los relámpagos se sucedían sin cesar y un arco bajo, verdoso, que se había formado sobre el horizonte, se disolvió en una lluvia furiosa, que corría como granizo sobre la tierra reseca. Los truenos parecían sacudir el mundo. El viento barría cuanto tuviese por delante. Los caballos atados al *palenque* volvieron ancas a la lluvia, agacharon la cabeza y parecieron caricaturas de lo que habían sido pocos minutos antes de que el *pampero* los alcanzara a ellos y a todo su pequeño mundo, en su arrebato feroz. Como por parte de magia, el campo pareció convertirse en un lago; atravesando el agua, ya de varias pulgadas de profundidad, el comisario y los demás se apresuraron a ponerse a cubierto, las espuelas resonando sobre el suelo como si fuesen grillos.

Cuando se sacudieron la lluvia de sus ropas empapadas y bebieron un vaso de caña o de ginebra, Azcoitía estuvo otra vez a punto de proseguir su relato. "No", dijo el comisario, "que hable un hijo del país y nos cuente cómo murió ese Carlitos, porque este hombre tiene un aliento más largo que parejero bien entrenado". El vasco se rió pero, con "la risa del conejo", como dice el adagio, refiriéndose al conejo que están por matar.

"Así es, señor comisario", empezó a decir un gaucho de aspecto tranquilo, Eustaquio Medina: "Carlitos entró en la pulpería anoche, no borracho pero con bastante ginebra bajo el tirador como para asonsarlo. Montaba un *pangaré* redomón, pero que ya conocía el freno. *¡Vaya un fletón!* Apenas lo había atado al *palenque*, el Ñato Vargas, el correntino, un verdadero yacaré como casi todos los de su provincia, que estaba parado a la puerta —¡tenía una mirada, el indio, en esa cara retobada!— se le acercó al *inglés* y gritó: "¡Ese *pangaré* es mío! Tiene la marca de Sigismundo Pérez, de la Cuchilla de Haedo, al que se lo compré de potrillo". "¡Miente!" replicó Carlitos. "Tiene otra marca, algo parecida a la de don Sigismundo, pero diferente". "Sí", gritó el Ñato, "pero usted la ha cambiado; vea dónde ha cicatrizado recién la quemadura". Antes de decir Jesús empezó un *bochinche* terrible. Los dos eran tigres: los dos estaban tan acostumbrados al *facón* como un leguleyo *cagatinta* a la pluma. Carlitos era el más fuerte, el correntino el más ágil. Con los ponchos de verano envueltos en el brazo izquierdo y agachando la cabeza para protegerse el vientre, daban vueltas como dos gatos o como dos gallos de riña. *¡Pucha!*

Los *facones* brillaban como antorchas en el aire. No hubo treta que no probaran; los dos eran duchos en ese juego. Ni dos toros viejos, señor comisario, cuando se encuentran a las orillas de un rodeo o solos en un claro del monte, son más astutos ni más feroces. El primero que sacó sangre fue Carlitos. Agachándose, alzó tierra con la mano derecha y se la tiró a los ojos al Ñato, cruzándole la cara con un *jabeque* que se llevará a la tumba. Varias veces se arrimaron y las manos se toparon en el aire; pero saltaban para atrás y volvían de nuevo, jadeando y mirándose furiosos, observándose los menores movimientos. Por fin Carlitos, que había estado tomando, se empezó a cansar. El *Ñato* lo hizo recular y le abrió la barriga de una puñalada, pero Carlitos, sosteniéndose las tripas con la mano izquierda, todavía se le fue encima como un tigre hasta que, como ya estaba débil, el *Ñato* le clavó el *facón* en el pecho hasta que el mango sonó sobre el hueso. Después, como usted ya sabe, Carlitos se fue a los tropezones al *galpón* y murió sin decir una palabra. El *Ñato*, con la cara abierta como una sandía, un dedo menos en la mano izquierda y el poncho que le tapaba el brazo hecho tiras, montó su caballo y, llevándose el *pangaré*, de tiro se fue, tal vez a su *pago* de Corrientes o tal vez a esconderse en alguna isla del Uruguay".

"Está bien", dijo el comisario; "no podemos hacer nada, pero hay que enterrar al hombre como cristiano".

Azcoitía prometió hacerlo; a la mañana siguiente llevaría el cadáver al pueblo en su propia carreta y pagaría una misa por el descanso del alma del finado.

Después de un rato, el comisario subió a su caballo. Montaron los gauchos, con la soltura con que se deslizan las gotas de agua por un vidrio; se saludaron, serios, unos a otros y salieron al galope acompasado propio de las llanuras, en dirección a sus ranchos; desaparecieron gradualmente en el horizonte, los ponchos agitados por el viento, los brazos derechos haciendo un movimiento mecánico al tocar apenas los flancos del caballo con el rebenque, para mantener la velocidad.

El comisario, al pasar junto al *galpón* donde estaba el cadáver de Carlitos el Inglés, que había sido admiración y terror del distrito, se tocó el sombrero con el índice, murmurando: "De todos los animales que hizo el Creador, el cristiano macho es el más salvaje, pero El sabe por qué lo hizo". Espoleó el caballo y, seguido por sus rotosos soldados, subió una cuchilla y desapareció.

Lo que acabo de escribir no lo vi yo, pecador de mí, con estos ojos que se ha de comer la tierra, sino que tres días después pasé por la *pulpería*, me detuve a comprar una lata de sardinas, pasas de Málaga y galleta y, mientras bebía un vaso de caña, oí la historia; la oí y la

olvidé, aunque sin duda quedó fijada en mi mente como queda una fotografía en la gelatina o en el vidrio, antes de su revelación.

En la Banda Oriental todos conocían a Carlitos el Gaucho, por lo menos de fama: sus aventuras, peleas, huidas de la justicia y desapariciones cuando se ocultaba, según algunos, entre los indios del Chaco y según otros en una isla deshabitada que él conocía en el río Uruguay, a donde se retiraba hasta que abandonaban la persecución. No faltaban los convencidos de que solía sumergirse en lo más hondo de la laguna Iberá, en Corrientes, en cuyas profundidades, como todo gaucho sabe, vivía una raza de enanos, que nadie vio jamás pero en los que creían fervorosamente; porque sólo la fe hace milagros, los hizo desde el comienzo del mundo y seguirá haciéndolos hasta el último día en que éste exista. Allí, con el hipotético enano, iluminado de noche por el ipetatá —el pájaro que lleva una linterna en la cola— y viviendo de la caza, se suponía que Carlitos pasaba uno o dos meses y emergía luego para reanudar su vida habitual, ya que la justicia en esos tiempos era poco retroactiva y nadie se preocupaba por hacer comparecer criminales después que pasaba el escándalo inmediato. En realidad sostenían, para citar el viejo dicho español, que "los muertos y los ausentes no tienen amigos", a lo que habría podido añadir "ni enemigos tampoco".

Poco a poco, la pelea a orillas del Yí, Carlitos el Gaucho y hasta la historia que Azcoitía solía relatar con incontables repeticiones, se fueron transformando en leyenda.

Nadie pudo decirme nada sobre la vida anterior del gaucho Carlitos. Parecía que hubiese entrado al mundo del Uruguay completamente armado, como nació Minerva de la cabeza de Júpiter. Ninguno lo recordaba siendo mal jinete, poco diestro en tirar el *lazo* o las *boleadoras* ni antes de que hablase perfectamente el español. Nadie le conoció medios visibles de vida, salvo el dinero que ganaba domando caballos o trabajando de tropero con la hacienda que, en aquellos tiempos, se llevaba continuamente al Brasil. Sin embargo, siempre tenía dinero para gastar en las *pulperías* o para dar con largueza a las *quitanderas* y su presencia en todas las carreras era infaltable.

A veces iba bien vestido, a la usanza gaucha, con el caballo adornado de plata y arrastrando grandes nazarenas de lo mismo, colgadas de las botas de tacón alto que los gauchos solían llevar; otras, con las ropas que tenía al morir: poncho y *chiripá*, botas de potro y un pañuelo de seda atado a la cabeza, debajo del sombrero.

Pasaron los años y hasta en aquel país de larga memoria, las hazañas de Carlitos el Gaucho se fueron borrando poco a poco. Aunque siempre pensé que había gato encerrado y que existiría algún misterio

en la vida de un inglés educado, que durante años vagabundeó entre los gauchos, hablando su idioma perfectamente y con todos los matices de su jerga y muriendo en una pelea en un oscuro *boliche*, por causa de un caballo que al parecer robó, nadie supo resolvérmelo ni arrojar alguna luz sobre él.

En este caso, los hados me fueron propicios. Mucho tiempo después, los negocios me llevaron a la capital.

En aquellos días casi olvidados, nuestro vicecónsul era, creo, un tal Mr. Beckeridge. Bajo, algo grueso, con espesas patillas negras, la bebida le había dotado de una nariz colorada como un bife. Los nativos, siempre oportunos para poner apodos, lo llamaban "*El Farolito*", parecía tan orgulloso de esa designación como podría estarlo un Habsburgo de su mentón saliente.

Hablaba el castellano con la misma facilidad que el inglés, con todos los verbos en el infinitivo y sin cuidarse de los géneros, pero entendiéndolo perfectamente, aunque tenía un acento tan formidable que nadie sabía, sin poner atención, cuál de los dos idiomas estaba hablando.

Lo encontré en su polvorienta oficina, sin barrer y sembrada de colillas, fragmentos de cartas y cuanta basura puede tener un solterón desprolijo; estaba sentado en mangas de camisa, para mayor comodidad, fumando un cigarro del Brasil. Su escritorio se veía cubierto de pilas de facturas, resguardos, certificados, contratos y otras cosas por el estilo; sobre las paredes colgaban los anuncios de partidas de barcos, llegadas a puerto, valores de cambio, avisos por súbditos británicos desaparecidos y los múltiples asuntos que entonces, por una paga miserable, constituían las obligaciones del cónsul. Por otra parte, era un caballero, tanto en su aspecto como en su lenguaje y, como pude advertir en cuanto empezamos a conversar, eficiente en su trabajo.

Me recibió, según la costumbre del país en aquellos tiempos, como si hubiésemos sido amigos de la infancia. Despachado el trivial asunto que me llevaba allí, nos pusimos a charlar mientras tomábamos unos vasos de hesperidina, licor de moda entonces en el Río de la Plata, elaborado y vendido por un norteamericano llamado Bagley, que había hecho una fortuna con él. Hablamos largamente sobre temas locales, la próxima revolución y la que acababa de concluir, la sequía de los campos, la langosta y cómo un tal Mr. Walker se había ido a caballo de la estancia de Las Arias hasta "Montyviddeo", como lo pronunciaba él, doscientas millas por lo menos, en veintidós horas.

Cuando empezaron a agotarse estos temas, aunque les hicimos amplia justicia, mencioné al gaucho Carlitos; dije que por muy poco no llegué a presenciar su muerte y le pregunté al cónsul si alguna

vez había oído hablar de él. "¡Carlitos el Gaucho!" exclamó, arrojando la colilla de su cigarro y despachándose otro vaso de la hesperidina amarillo pálido, contenida en una de esas botellitas en forma de barril que yo recordaba tan bien, de todas las *pulperías*. "Sí; muchas veces se sentó en esa silla en que está usted ahora. Acertó, al pensar que tenía una historia curiosa. Le leeré lo que los franceses llamarían su *dossier*". Así diciendo, tomó de un estante un volumen encuadernado en becerro de color castaño. Se secó la cara, colocó bien los anteojos sobre su roja nariz, se sirvió otro vaso —esta vez mezclado con soda y bitters de Angostura— y se dispuso a leer. Luego, interrumpiéndose, dijo: "Todo lo que voy a leerle lo tuve de labios de Carlitos. Después de su muerte, un miembro de su familia corroboró cuanto él había dicho".

"Charles Edward Mitchell nació en Yorkshire, de buena familia. Eran gentes de linaje, afincadas en el campo y dueñas de considerable fortuna. Charles, un hermoso muchacho, generoso y valiente, pero presa durante toda su vida de súbitos arrebatos de ira, fue enviado a la marina. Allí anduvo bien y alrededor de los dieciséis años servía como grumete a bordo de una fragata, en el momento en que ocurrió la tragedia, en un pequeño puerto del Uruguay, sobre el Río de la Plata. El barco se hallaba cerca de la costa y, como hacía mucho calor, con todas las portas abiertas.

¿Recuerda el antiguo cuarto de los oficiales en las fragatas de entonces: oscuro, de techo bajo, oliendo a ron agrio y a cucarachas, con velas metidas en botellas vacías de ginebra?"

Lo recordaba, en efecto; había visto muchos, con su aire de desaliño, los grumetes dormidos sobre unos bancos, el despensero vestido con una chaqueta de lino a rayas y aquel inolvidable olor.

"Lo que sucedió, sólo él lo podría relatar con exactitud; pero, en el curso de alguna discusión, surgió una furiosa disputa. El joven Mitchell abatió a su contrincante con una botella de ginebra y, pensando que lo había muerto, corrió sin reflexionar hacia la porta abierta y se arrojó al agua. Como el barco sólo estaba a trescientas o cuatrocientas yardas de la costa, le resultó fácil escapar. Después de buscarlo, el barco zarpó sin él, ya que había desaparecido sin dejar huellas, como desaparece una piedra arrojada al lago de brea de Trinidad.

Pasaron algunos años y el asunto cayó en el olvido, cuando un día entró y se me presentó un joven alto vestido de gaucho, de aspecto próspero. Su inglés se había herrumbrado con el desuso y pasó un rato antes de que yo comprendiese lo que me quería decir, pues hablaba muy despacio, sacando las palabras a tirones de las profundidades de su cerebro y preguntándome en castellano, de vez en cuando, si lo

entendía bien.

Me contó que él era grumete que, según supuso, había muerto a uno de sus compañeros y abandonado el barco. Cuando llegó a la costa, todavía en estado de pánico, caminó hasta el cansancio, creyéndose perseguido. Después de descansar una noche en un montecito, retomó su marcha hasta que llegó a una estancia.

El dueño se apiadó del chico hambriento y asustado y lo trató más como a un hijo perdido hacía mucho, que como a un muchacho que llegaba, sin un centavo, a pedir de comer. Mandó averiguar y supo que el barco había zarpado, después de una prolongada búsqueda del fugitivo y que el otro grumete se había recuperado del golpe".

El cónsul interrumpió la lectura, llenó el vaso y dijo, sentenciosamente: "La cabra tira al monte y así sucedió con el joven Mitchell. Desde el primer día le gustó la vida agreste de los gauchos; aprendió a montar un potro y a enlazar con los mozos más bárbaros del lugar. Pareció adquirir el idioma naturalmente. Se dejó crecer el pelo, a la manera de los gauchos de entonces; adoptó todas sus costumbres, se vistió como ellos y, después de uno o dos años, se fue de la estancia, entristeciendo a los bondadosos dueños que, por no tener hijos, deseaban adoptarlo, para vivir la vida de un gaucho vagabundo, trabajando en las esquilas, domando caballos y a veces llevando tropas como peón al Brasil. Esa, en esencia", dijo el cónsul, "era su historia".

Cerró el libro, lo guardó en el estante con más cuidado de lo que yo esperaba y, después de encender un cigarrillo negro brasileño, prosiguió: "Pero el cuento tiene una *yapa*, como le dicen los gauchos a los últimos seis pies del lazo que, como usted sabe, están hechos de un trenzado más fino que el resto de la soga. A medida que Carlitos hablaba, su inglés se volvía más fluido y no se veía obligado a pensar para encontrar las palabras".

Le pregunté: "¿Por qué no le escribió nunca a su familia, en todos esos años, desde que se fue del barco?" "Bueno, dijo él: en primer lugar, tuve miedo de que hubiese dificultades con las autoridades, y, como decimos en español, 'Justicia, pero no en mi casa'. Después, me olvidé de mi vida en Inglaterra. Ya vé que ahora soy un gaucho. Las costumbres de ellos son las mías y, aunque a menudo pensé en volver a mi casa, trabajando de marinero para pagarme el pasaje, nunca lo hice y supongo que me habría olvidado por completo de Inglaterra y de que había sido un grumete con botones de bronce y un puñalito, *¡lindo nomás!*", dijo, como si el grumete no hubiera sido él mismo, sino algún joven oficial de un barco británico que hubiese visto en Montevideo y cuyo traje hubiese admirado.

"La semana pasada yo estaba en una estancia de un inglés cerca de Paysandú, trabajando de domador. Hacía años que no leía un diario inglés y lo hojeé distraído, porque no me interesaba nada. ¡Qué podían importarme los Whigs y los Tories, el cricket o las carreras que nunca vería o las noticias de la corte! Me alegré, por cierto, de que la reina Victoria viviese todavía. Su nombre suena bien, sobre todo en español y a bordo del barco siempre brindábamos por ella a la hora de comer. Fue en el momento en que dejaba el diario, creo que el famoso *Times*, cuando me encontré con mi propio nombre en un rincón.

De un cuadernito comprado en alguna *pulpería*, grasiento y rotoso, sacó un pedazo de diario, lo desplegó con cuidado, lo alisó sobre la mesa y me lo dio a leer. "¡Jesús, María!", exclamó el cónsul: "era una *yapa* tremenda, que me dejó sin aliento".

El pequeño recorte contenía un aviso, pidiéndole a Charles Edward Mitchell, en una época grumete en la Marina Real, que se presentase a una firma de abogados si vivía aún, por ser único heredero de los bienes de su tío. Este había muerto hacía tres meses.

"¡*La puta*, qué ocurrencia, como dicen aquí!"

Se habían terminado la botella y los cigarros; el cónsul se levantó de su silla, se miró con aire crítico en el espejo que colgaba de la pared y, después de pasarse un peine por el cabello y las patillas, canturreó en voz baja: "Alegre nariz roja, alegre nariz roja, ¿cómo llegó a tener esa alegre nariz roja?", una canción que pudo haber oído en algún music-hall victoriano, en la última visita a su país.

Tranquilizado así, retomó su relato: "Hay muy poco más que contar. Le facilité a Carlitos, como decimos aquí, el dinero suficiente para pagar un pasaje. Aunque parezca maravilla, en el correo siguiente recibí un cheque de él. con algo más para pagar los intereses, según dijo, y un reloj de oro. Sí, sí; todavía lo tengo, y después de lo que usted me contó le haré grabar su nombre y la fecha de su muerte. ¿Si alguna vez supe algo más de él? Pues escribió un par de veces, para decir que era dueño de una propiedad bastante grande, miembro de varios clubes en Londres y que no le disgustaba esa vida. Agregaba: 'Los caballos son infernalmente duros de boca'. Pasaron años; ocho, nueve o diez, no recuerdo —¿adónde, en nombre del infierno, se irán los años cuando pasan?— *Labuntur anni*, como decíamos en el colegio..."

Yo no tenía respuesta para la pregunta que Póstumo parece haber dejado sin contestar; esperé que prosiguiese su narración.

"Me contó que la vida en Inglaterra se le había vuelto intolerable y sabía que para él no había otra que la de los gauchos en la llanura.

Dijo: «Le entregué la propiedad a un primo hermano por una suma de dinero, con la intención de volver en seguida al Uruguay. En Londres me encontré con algunos viejos amigos y allí pasé dos años, hasta que las mujeres, la bebida y el juego se llevaron la mayor parte de mi capital. Todavía me quedan algunos centenares de libras y mañana regresaré en el primer barco a Paysandú»''.

''Los años no lo habían cambiado en absoluto, fuera de quitarle la quemadura del sol y volverlo más delgado. Había recuperado por completo el inglés pero sus ojos, que siempre miraban más allá del interlocutor como si observaran la pampa, mostraban que no se había modificado su espíritu. Pasamos juntos una noche de juerga en *Montyviddeo* y a la mañana siguiente lo acompañé hasta el barco. Esa fue la última vez que lo vi, aunque oí hablar mucho de sus hazañas y todo el mundo conocía el nombre de Carlitos el inglés, desde la frontera del Brasil hasta el Uruguay''.

El cónsul paró en seco, como un caballo que galopa de noche cuando ve algo que lo asusta. Tomó el sombrero de la percha, se lo puso bien derecho sobre la cabeza, encendió otro cigarrillo y dijo: ''¿Qué me dice de un *paseo* al *quilombo*, a ver si algunos hombres del campo han venido a la ciudad?''

Aunque el *quilombo* era por aquel entonces nuestro club y lugar de reunión no lo acompañé, porque había hecho veinte leguas a caballo desde la salida del sol.

''Hasta la vista'', dijo el cónsul y me dejó preguntándome si, al fin de cuentas, el gaucho Carlitos no habría hecho una elección sabia cuando volvía al *chiripá*, el poncho y las botas de potro.

Luego reflexioné que, al decir de los gauchos, la bota de potro no es para todos.

EL TANGO ARGENTINO

Los automóviles se agolpaban hacia la marquesina de la puerta principal del hotel, una de esas caravanseras internacionales, cuyos clientes viven sometidos a un mismo procedimiento igualitario y vulgarizador en que desaparecen los distintivos de cada tipo. Iguala al argentino con el francés, el inglés y el americano, ante el poder de la riqueza.

Los carros surgían silenciosamente con el mismo ruido susurrante con que cae la nieve de los pinos en tiempo de deshielo. Aunque cada carruaje tenía su lacayo, había, sin embargo, porteros gigantescos que abrían las portezuelas con tanta distinción y nobleza que se adivinaba cómo serián capaces de hacerle honor a los altos puestos del Estado.

Las señoras descendían delicadamente, mostrando en visión fugitiva la pierna cubierta con media transparente por entre la abertura de la falda. Sabían que todo hombre, lo mismo el lacayo que el cochero y los guardas gigantescos del portón, cuantos en ese momento llegaban al hotel, serían excitados por ese espectáculo durante unos instantes; pero esa consideración no les perturbaba la imaginación. Al contrario, parecía lisonjearlas, porque las más virtuosas sienten emoción placentera cuando comprenden que son capaces de remover los sentidos del hombre. Así será siempre. De esta manera, y sin necesidad del voto, manifiestan que son iguales al hombre, cualesquiera que sean, por otra parte, los yerros de la ley.

Dentro del hotel, calentado por medio del vapor, en una atmósfera cargada de las emanaciones de la carne, que excitan el cerebro como los humos del *whisky* azotan los nervios del borracho, se ostentaba la flor de la sociedad cosmopolita que ha plantado su tienda en París.

Lesbos había mandado sus legiones, y las mujeres se miraban unas a otras con miradas inteligentes, detallando cada pormenor del vestido de sus vecinas. El color de sus rostros subía de tono cuando, al acaso, daban sus ojos con los de otra sacerdotisa del secreto culto.

Rastacueros ricos, de sombreros demasiado lucientes, botas estrechas, y americanas pegadas al cuerpo, con bastones guarnecidos de

grandes cabos dorados, se paseaban alrededor de las mesas o tomaban asiento cerca de ellas, balbuciendo todas las variedades posibles del idioma francés.

Americanos y americanas, los unos como pasados por la misma tarraja, las otras hábiles como la mona para imitar cuanto veían en el vestido, en las costumbres y en las maneras, y mas capaces de adaptarse a nuevos ambientes que ninguna otra representante de su especie, por carecer de tradiciones, conversaban en tono de alta nasalidad; los hispano-americanos de todas las Repúblicas estaban bien representados, y no hablaban más que del dinero: cómo Doña Fulana Pérez había pagado mil quinientos francos por su sombrero nuevo, y cómo Don Fulano se había ganado un milloncejo en la lonja.

Había allí judías y más judías, judíos y más judíos, algunos de ellos casados con cristianas y convertidos al catolicismo, sin que el hablar de Lourdes y del Santo Padre con las mujeres lograra encubrir las señas inequívocas del tipo semítico.

Después del *five o'clock*, convertido en copiosa merienda de tostadas y buñuelos, de panecillos, de emparedados y de bollos calientes, la perfumada multitud, restaurada con este refrigerio de la dura jornada de trabajo gastada en ir a tiendas, en pasear en coche como almas en pena, en visitar gentes detestadas, y en otras empresas de la laya, pasó sin premura a un gran salón donde tocaba la banda. Al atravesar los pasadizos, los hombres se acercaban a las mujeres hasta oprimirlas y les murmuraban al oído anécdotas que las hacían ruborizar o reírse como sin gana, a tiempo que protestaban en frases de dudosa seriedad. Eran los primeros días del advenimiento del Tango Argentino, la danza que ha dado la vuelta al mundo en un contoneo de caderas. Las señoras lo declaraban encantador, cerrando los ojos y dejando pasar un ligero temblor de emoción por sobre los labios. Los hombres afirmaban que esa era la única danza digna de ser bailada. Era tan española, tan sin convenciones; combinaba todos los movimientos estéticos de las imágenes que aparecen en los vasos etruscos, con la gracia extraña de los gitanos húngaros... es algo como si dijéramos... ¿me comprende usted?... ¿ya sabe?

Cuando todos estuvieron sentados, la banda, una banda húngara desde luego (¡gitanos de mi alma!), rompió en un ritmo mitad *rag-time*, mitad habanera, canallesco, pero sensual, y las manos, aun las de aquellos cuyos más inmediatos progenitores habían sido vendedores de puerco en Chicago o *gambusinos* que habían dado con su mina en Zacatecas, prorrumpieron involuntariamente en aplausos comedidos, por lo general fuera de ocasión, consistentes en golpes contra el espaldar de los asientos.

Un joven alto que parecía escapado de una lámina de modas, de cabello liso negro pegado a la cabeza a fuerza de cosmético, de pantalones tan inmaculadamente planchados que parecían hechos de cartón, conducía a una joven envuelta en una falda tan estrecha que no habría podido moverse dentro de ella si no hubiera estado hendida hasta la rodilla.

Manteniéndose el uno tan cerca de la otra que la pierna del pantalón tan bien planchado desaparecía entre la estrecha falda, el hombre ceñía con un brazo a la mujer de tal manera que la mano iba a quedar cerca del rostro de ella. Giraban en torbellino, doblegándose hasta el suelo, tirando las piernas hacia adelante, y dando siempre vueltas, todo con un movimiento de caderas que parecía fundir en un todo armonioso el pantalón irreprochable y la falda hendida. La música se iba haciendo más tumultuosa y los compases se multiplicaban, hasta que, con un salto, la mujer se arrojaba, por un instante, en los brazos del danzante, que la depositaba en el suelo con tanta maña como si se tratara de un huevo acabado de poner. En seguida la pareja hacía la venia para desaparecer.

Sobrevinieron en seguida los aplausos discretos y con ellos exclamaciones tales como "encantador", "maravilloso", "¡qué gracia!" "*vivent les espagnoles*". El crítico auditorio no hacía memoria de los días de la independencia, de meros cambios políticos o de otro género. No habiendo oído nunca los nombres de San Martín, Bolívar o Páez, y de sus colegas libertadores, parecía pensar que Buenos Aires era una parte de España.

París, Londres y Nueva York eran todo el mundo para esa turba a la moda, y lo demás, con excepción desde luego de los gitanos húngaros y de los danzantes del Tango, gentes bárbaras fuera del palio de la cultura.

En seguida del Tango le tocó el turno a la "Machicha Brasileña", todavía más lánguida y más acomodada al genio de los habitantes del trópico que su primo de las llanuras. Otra vez sobrevino el discreto aplauso manifestado en exclamaciones tales como "exquisito" y "encantador", ese adjetivo universal que evoca un perdurable ambiente de confitería cuando las señoras lo usan para expresar su deleite. Las sonrisas y las miradas de soslayo que cambiaban los espectadores, servían para manifestar que no habían sido inútiles los esfuerzos de los danzantes en pro de la indecencia.

Poco a poco fueron vaciándose los salones y comedores del grande hotel. El dejo de los perfumes quedaba difundiéndose en los pasillos y corredores, como queda en las iglesias laranciedad del incienso.

Los automóviles iban desapareciendo con las damas y sus amigos,

en tanto que los cocheros, que habían estado tiritando en el frío exterior mientras la turba de adentro sufría los rigores de la calefacción central, cambiaba saludos con los porteros de librea, entre los cuales hubo uno que preguntaba con vivas muestras de ansiedad: *"Disc donc, Anatole, as-tu vu mes vaches?"*

Con el suave ruido de una puerta bien provista de goznes que se cerraba partió el último vehículo, con su perfumada carga, dejando en el andén un grupo de hombres que se quedaron hablando de las señoras o "desnudándolas", como decían ellos delicadamente.

¿Con que Tango Argentino, eh? quedé yo pensando, cuando mis amigos me hubieron dejado solo. Pues ha cambiado endiabladamente al atravesar los mares, aun descontando la diferencia de escenario entre los hoteles de París y la comarca en donde lo vi bailar hace muchos años. Vagando a la ventura fui a sentarme en el fondo de las aceras del Café de la Paix, donde los voceadores de *La Patrie*, o los vendedores ambulantes de juguetes nuevos, o los que ofrecen vistas recientes de París en álbumes que parecen concertinas deshechas, no vinieran a pisarme los pies.

Ante una botella de Porto Blanco y con el cigarrillo brasileño en la mano, arrullado por el ruido de París y por los estridentes chillidos de los vendedores ambulantes, caí en una especie de marasmo.

Gradualmente el olor a petróleo y a estiércol de caballo, los más poderosos perfumes de nuestra edad moderna, fueron desapareciendo.

Las cabezas teñidas y las caras rapadas hasta asumir tintes azulados de babuino; los jovencitos que parecían niñas con las mejillas pintadas y las maneras supuestas; las mujeres deshechas; los hombres haraposos; las brujas envueltas en chales de punto; los caballos cojos; y los chauffeurs cabeceando sobre sus asientos —todo acabó por esfumarse en el espacio, y de la nada del pasado surgió otra escena.

Me ví con Witham y su hermano, cuyo nombre he olvidado, con Eduardo Peña, Congreve y Eustaquio Medina, en un pequeño rancho, en un recodo del gran río Yí. El rancho quedaba sobre una pequeña colina. A un cuarto de milla de distancia el monte denso y espinoso, cuyos árboles de recia contextura bordeaban el río, parecía ondular en dirección a la colina como si fuera un mar. La casa estaba hecha de madera de pino importada de los Estados Unidos. Con sus tejas de madera, plantada en la llanura, tenía el aspecto de una caja. A unas cincuenta yardas había un ranchito que servía de cocina, en cuyo suelo dormían los troperos sobre sus arreos de montar, con los pies vueltos hacia el fuego.

Los corrales para los caballos y para las ovejas quedaban un

poco más lejos. No sé si el viejo rancho resiste todavía la acción de los vientos. Si la resiste, allí estará todavía un caballo ensillado que se alcanzaba a ver día y noche bajo la sombra amiga de la enramada.

Cuatro o cinco caballos con sus sillas y bridas, estaban atados a un enorme poste, esperando que montásemos para ir a un baile a casa de Frutos Barragán. Emprendimos camino a la caída del sol. Embalsamaba el aire de la tarde aquel perfume suave que emana de las pasturas de los llanos después de una jornada calurosa.

La noche era clara, el cielo estrellado. Sobre nuestras cabezas se cernía la Cruz del Sud. Las estrellas lucían con tal brillo que los objetos eran visibles a una milla de distancia. Sin embargo, la perspectiva toda de las llanuras y de los montes parecía cambiada. Las colinas eran a veces imperceptibles y en ocasiones se erguían como casas. Los montes parecían oscilar y agitarse, y en las orillas de los torrentes los matorrales de "paja brava" se erguían como centinelas, ostentando sus densas espigas como si fueran penachos de plumas sobre la lanza de un indio.

Los caballos, al portante, sacudían sus bridas con un limpio cascabeleo, y los jinetes, balanceándose ligeramente sobre las sillas, parecían formar parte integrante de sus cabalgaduras.

De cuando en cuando las lechuzas pasaban volando silenciosamente cerca de nosotros, y hacían círculos sobre nuestras cabezas antes de dejarse caer blandamente sobre los matorrales. Eustaquio Medina, conocedor de la comarca como conoce el marino las aguas donde ha nacido, cabalgaba delante de nosotros. Cuando el caballo respingaba ante la sombra movible de los altos pastos o al pasar cerca del espinazo de un animal muerto, le hacía dar vueltas al látigo hasta que la luz de la luna, reflejándose en el cabo de plata, le formaba como una aureola alrededor de la cabeza. A ratos, uno de la cabalgata se desmontaba para apretar la cincha, en tanto que su caballo se revolvía inquietamente para partir con un salto, al sentir que el jinete había puesto el pie en el estribo.

La noción del tiempo y la del espacio parecían desvanecerse en el galope, de tal modo que cuando Eustaquio Medina se detuvo por unos instantes para buscar el paso de un arroyo, nos sentimos fastidiados por su demora, aunque no hubo perro que siguiera un rastro con la fidelidad con que nosotros íbamos en pos de nuestro guía.

Los perros, que ladraban cerca, nos hicieron saber que nuestra cabalgata ya casi llegaba a su fin. Cuando galopábamos hacia una pequeña eminencia, Eustaquio Medina detuvo su montura y se volvió hacia nosotros. "Ahí está la casa", dijo, "justo en el fondo de esta hondonada, a cinco cuadras tan sólo de distancia"; y cuando vimos el

parpadear de las luces, golpeó con la palma de la mano sobre la boca, a la manera de los indios, y soltó un grito penetrante. Bajando la mano espoleó a la bestia, que partió, con un brinco, a toda carrera, y mientras galopaba falda abajo todos le seguíamos gritando furiosamente.

Al llegar al palenque nos detuvimos con un golpe seco de rienda. Nuestros caballos resoplaban evitando la sombra del poste. Había caballos por todas partes, unos atados, otros maneados. Del interior de una casa salían notas de acordeón y cencerreo de guitarras.

Pidiendo permiso para desmontar, saludamos a grito herido al dueño de la casa, un viejo gaucho, alto, de nombre Frutos Barragán, que esperaba a un lado de la puerta con el mate en la mano. Nos dio la bienvenida, aconsejándonos que atáramos las bestias al alcance de la vista, porque, decía él, "No es bueno facilitarles la obra a los pícaros, si acaso los hay en el vecindario".

En el bajo rancho de paja, cuyos aleros estaban ennegrecidos por el hollín, ardían adecuadamente sobre los hierros de marcas tres o cuatro candiles llenos de sebo de yegua y provistos de una mecha de hilo que requería con frecuencia el cuidado de las despabiladeras. Arrojaban densas sombras sobre los rincones del cuarto, y cuando por acaso titilaban, iban a iluminar las fachas curtidas de los gauchos membrudos y secos, y los vaporosos vestidos de algodón de las mujeres, sentadas en sillas recostadas contra la pared. Algunos vascos robustos, uno o dos ingleses en vestido de montar, y uno o dos italianos componían la sociedad. El piso era de tierra pisada, dura y brillante como cemento, y cuando los gauchos pasaban se escuchaba el ruido de las espuelas sobre el pavimento como si fueran grillos.

Un ciego paraguayo de muchos años tocaba la guitarra, y un negro enorme le acompañaba en el acordeón. Sus esfuerzos aunados producían una música que era en verdad vigorosa. De cuando en cuando uno de los dos rompía en un canto de tono altísimo y melancólico que forzaba al auditorio, después de escuchar tiempo suficiente, a imitar su gemebunda melodía y sus extraños compases.

Llenaban el aire el humo del cigarro y las emanaciones del ron y de un vino catalán fuerte y capitoso, muy favorecido por las mujeres, que bebían de un solo vaso y lo pasaban de mano en mano, ceremoniosamente, como se hace en las comidas de la City con la copa de la gracia. Al fin cesó el canto y la orquesta preludió un tango, lento, acompasado y rítmico.

Los hombres se alzaron, y quitándose las espuelas, se retiraron al rincón de la pieza, donde las mujeres se habían amontonado como para protegerse las unas a las otras, y con un cumplimiento las trajeron al espacio destinado a la danza. El poncho flotante y el chiripá que

hacía oficio de pantalones oscilaba en el aire como las tartanas de un escocés de la montaña flotan cuando su dueño baila. Las ropas sueltas les daban a los movimientos del gaucho, cuando giraba con su pareja, un aire de desenvoltura y facilidad, en tanto que los ojos miraban por encima de los hombros y las caderas se balanceaban de un lado a otro.

A ratos se separaban, volvían a acercarse con aire de gravedad y luego el hombre, adelantándose, tomaba a su pareja por el talle y parecía impulsarla hacia atrás con los ojos cerrados, en una expresión de beatitud. La circunspección era la nota dominante de la escena, y aunque los movimientos de la danza no carecían de atrevimiento, según la intención de los danzantes, en el efecto había mucha gracia, y la había también en el suave modo de escurrir el cuerpo y de agitar en la luz vacilante los vestidos rayados de colores vivaces y originales.

Durante los intervalos el ron fluia copiosamente. Los danzantes se secaban el sudor de la frente; los hombres con los pañuelos que llevaban alrededor del cuello y las mujeres con las mangas. Tangos, cielitos y pericones se sucedían los unos a los otros, la atmósfera se hacía más densa y las luces vacilaban en un ambiente brumoso por el polvo que se levantaba del piso sin losas. El viejo paraguayo y el negro, bañados de sudor, continuaban tocando. En sus intervalos de descanso fumaban y bebían, y cuando la música cesaba por un momento, hendía los aires el relincho de un caballo atado de un poste en la claridad plenilunar, como llamando a su dueño para volver a casa.

La noche se agotaba y el negro y el paraguayo continuaban empeñados en fatigar los instrumentos. Las enaguas y los ponchos flotaban al aire, en tanto que el mate circulaba entre los más viejos, agrupados en la vecindad de la puerta. (1)

(1) En relación a este episodio, Carlos Vega, el reconocido musicólogo argentino, hace las siguientes consideraciones, en su obra *"Danzas y Canciones Argentinas"*, Buenos Aires, 1936, p. 265 nota (cit. por Tomás de Lara y I.L. Roncetti de Panti, *"El tema del tango en la literatura argetina"*, pp. 281/282, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1968):

"Cunninghame Graham, el escritor francés recientemente fallecido, vino al país hacia 1870 y regresó alrededor de 1884 a Europa. Refiere, en un artículo titulado «El tango argentino», al parecer escrito en París poco antes de la gran guerra, que al ver bailar el tango argentino en Francia, le vino a la memoria una escena de la campaña argentina —un baile en un rancho, primorosamente descrito— en que «Tangos, cielitos y pericones se sucedían los unos a los otros...».

"Naturalmente, en 1870-1884 un tango criollo con danza enlazada no existía, y mucho menos en la campaña. A más de treinta años de la escena, seguramente confundió el tango con la habanera, que ya se bailaba en los ranchos".

Cabe precisar, en primer lugar, que Vega no leyó bien el artículo: la escena no sucede en *"la campaña argentina"* sino en un recodo del Yí, río uruguayo. Y, en segundo término, que Cunninghame Graham estuvo en el Río de la Plata entre 1870 y 1878 y en el Uruguay en 1876,

Sobrevino una calma. Mientras los hombres les endulzaban el oído a sus parejas, a la manera de los gauchos, diciéndolas hermosas, cabellos de azabache, y comparando el brillo de sus ojos con el de las Tres Marías, cumplimientos ya estereotipados y que venían floreciendo inalterables de generación en generación, se oyó un ruido de voces, y en un instante dos gauchos saltaron a la palestra.

Aparecen súbitamente en sus manos facones guarnecidos de plata. Con los ponchos enrollados en el brazo izquierdo, a manera de escudos, blasfemando a torrentes, se agazapan como gatos para asaltar su presa.

"¡Paz, paz!" gritó Frutos Barragán, pero mientras sonaban estas palabras una navaja corta el aire y se inserta en el vientre de un hombre, que rueda por el piso. La sangre brota a torrentes de su boca, el vientre se contrae como una vejiga reventada, y una corriente roja avanza sobre el suelo mientras el desgraciado se agita en las convulsiones de la agonía.

Los candiles se apagan al caer, y en la oscuridad las mujeres gritan y los hombres se agolpan a la puerta. Cuando salieron a la luz de la luna, dejando el muerto en el suelo, el matador se había escapado, y mientras los unos buscaban una explicación en los semblantes mudos de los otros, sonó una voz lejana que decía: "¡Adiós, Barragán! Así paga Vicente Castro sus deudas a los que quieren robarle su niña", y, con la voz, se perdió a lo lejos el eco de las pisadas de un caballo sin herraduras que galopaba en la llanura.

Volví a mí y el mozo que estaba a mi lado dijo: "ochenta céntimos"; en tanto que a lo largo del boulevard resonaba el áspero grito de *¡La Patrie!* entre el rumor de los carruajes.

---

fecha en la que cabe, pues, datar el episodio.

Sin poner en duda la obvia autoridad de Carlos Vega, podríamos considerar un tanto tajantes sus afirmaciones. Horacio A. Ferrer nos dice que el tango surge "*durante la segunda mitad del siglo XIX, como desenlace de un proceso: es la expresión nueva y diferenciada gradualmente gestada por un esfuerzo creador* [...] *que toma como modelos de emulación a otras tres especies afines entre sí y fuertemente arraigadas en ese período: Milonga, Habanera, Tango Andaluz*". Y ubica hacia 1880 su presencia como especie ya diferenciada. ("*El libro del tango*", 1ra. edic., Galerna, Buenos Aires, 1977, pp. 30/31). Si partimos de esta fecha, y tenemos en cuenta que el tango surge primordialmente como danza antes que como música o como canción, no es aventurado pensar que cuatro años antes, en los suburbios de Montevideo y Buenos Aires y en muchos lugares de la campaña platense, pudo Cunninghame contemplar una danza que incluyera o anunciara ya muchos de los elementos propios de la coreografía del tango y se identificara como tal. Téngase en cuenta, también, que, aunque se insiste en el carácter "ciudadano" del tango, los suburbios de las ciudades platenses tenían, por aquella época, tanto o más de rural que de urbano.

PROLOGO A "ESPERANZA"
(de *Hope*, 1910)

[...] Recuerdo que una vez, en la República de la Banda Oriental del Uruguay, cerca de la frontera con el Brasil, mi socio y yo arreábamos una tropa de caballos hacia lo que se llama en la América del Sur un *paso*, es decir, un vado. No sabría decir cuál era el nombre del río sin ayuda de un atlas y, como eso sería una ofensa para mi memoria, me abstengo de buscarlo; pero el vado era el Paso de los Novillos y, para alcanzarlo, era preciso atravesar un bosque de *espinillos de olor.*

La senda que seguíamos era profunda y arenosa y el paso de los animales le había cavado hondas huellas, dejando algunas elevaciones alargadas llamadas *albardones*, sobre las que crecían arbustos espinosos. Grandes cactus, con sus artejos planos que parecen semillas gigantes de lunaria, blancos, descarnados y marchitos, se alzaban de vez en cuando como guardando el camino. Tenían un aspecto casi humano y se decía que, poco antes de pasar nosotros, una banda de ladrones se había desnudado y puesto de pie entre los tallos blanquecinos, volviéndose a tal punto invisibles que pudieron matar tranquilamente a unos viajeros, que se metieron entre ellos sin advertirlos. Por esto marchábamos con cuidado, colocando las pistolas más a mano mientras azuzábamos la tropa, revoleando los rebenques y siguiendo los caballos muy de cerca para impedir que se volvieran o que se dispersaran al llegar al paso. Revoloteaban los colibríes como gigantescas polillas diurnas: manteníanse suspendidos con un débil zumbido de invisibles alas, de modo que parecían todo cuerpo y luego se lanzaban como saetas, tan veloces que no había ojo capaz de seguirlos. En el aire cálido, miríadas de insectos, algunos visibles y otros no, entonaban una aguda melodía. Sobre los árboles se posaban, conversando, los negros cuervos; las garzas, blancas, grises y castañas, pescaban en silencio. Cuando llegamos al vado, carpinchos, que parecían pequeños hipopótamos, mostraban apenas sus lomos sobre la superficie del agua. Encerramos la tropa Mansel, yo, Exaltación Medina, Raimundo Barragán y los dos peones; uno de éstos montaba un overo tostado, con el pelo crespo como el de una oveja. Tenía puesto un bocado al que se

unían las riendas, porque todavía no conocía el freno. Los veo ahora como entonces los vi, a través de una débil nube de polvo. Los caballos —eran como doscientos— entraron juntos en el agua. La corriente era fuerte, amarilla y turbia y en el medio surgía una isla chata, casi sumergida, larga y cubierta de pastos, parecida a uno de esos albardones del camino a los cuales me referí. Los caballos se echaron resueltamente al agua nos apartamos para darles espacio y evitar que se amontonaran y ahogaran.

¡Con qué claridad los veo, con sus cabezas achatadas sobre el río, la línea de los lomos en la rápida corriente, desplegando las colas y nadando todos un poco de costado, como lo hace una carpa cuando se acerca en busca de pan! Tenían los ojos fijos en la margen opuesta y detrás de ellos se propagaba hasta la orilla una olita como la que produce un barco. Nos quedamos mirando, observando una yegua overa, gorda, fuerte y arisca, que conducía la tropa. También a ella la veo y la recuerdo bien, porque era estéril y, por consiguiente, tan buena como un caballo. Además, aunque por naturaleza tenía un paso de andadura, podía dar un salto hacia adelante como un ciervo con sólo apretarle las piernas. ¡Linda la overa negra! Pues bien; justo cuando pensábamos entrar nosotros también en el río, después de quitarnos las ropas, apilarlas sobre nuestras cabezas, cinchar un poco hacia adelante, ponernos las botas y las pistolas alrededor del cuello y meter las espuelas dentro de las primeras, uno de los peones gritó que la yegua se estaba ahogando.

Girando sobre la montura pude ver que la corriente, muy fuerte río abajo de la isla, la había volteado; quizá estuviese demasiado gorda para nadar. Parecía hundirse poco a poco; las ancas cayeron perpendicularmente y luego el agua le subió hasta el pescuezo. Una sola vez emergieron las manos por un instante, luchando por la vida; con los ojos azules de terror y un fuerte resoplido, desapareció.

Uno de nosotros, creo que Medina, exclamó: "¡Lástima la yegua, que era seca y tan buena como cualquier caballo! Pero Dios no es mal hombre; los otros llegaron bien".

Cruzamos, con el agua casi hasta la boca en el primer momento. Yo montaba un caballo que nadaba bastante sumergido y una vez llegados al otro lado arreamos la tropa hasta un claro del bosque. Desmontamos y extendimos nuestras ropas para secarlas.

Los caballos, después de revolcarse, se pusieron a pastar, vigilados por un hombre que andaba desnudo salvo por un poncho de vicuña; nos sentamos a la sombra e hicimos hervir una pava para tomar mate, a sotavento de un fogón de leña que producía mucho humo, para ahuyentar las moscas.

Sería tal vez Raimundo o Exaltación —es seguro que no fue ninguno de los peones— el que observó: "la vida es un fandango" y recibió la respuesta: "Sí, pero no todos bailan".

Esta vez estoy casi seguro de que fue Exaltación Medina el que replicó: "Sí, pero todos tienen la esperanza de bailar".

Mientras estábamos pensando en su dicho y también en la muerte de la pobre yegua, uno de esos súbitos pánicos que sobrevienen a veces a la *caballada* nos puso los animales en fuga.

Cuando los obligamos a volver y empezamos a dar vueltas lentamente alrededor de ellos, mientras el sol nos ampollaba las espaldas desnudas, advertí que nuestros pies estaban sangrando, porque habíamos montado en pelo con la prisa de la espantada y galopado en medio de las espinas.

HERENCIA

A lo largo de la frontera entre el Uruguay y Río Grande, la provincia brasileña del sur, españoles y portugueses se hallan enfrentados, como lo estuvieron durante siglos, tanto en el viejo como en el nuevo mundo.

En Tuy y en Valenza; en Monzón y en Salvatierra; en Poncho Verde y en Don Pedrito, en Rivera y en Santa Ana do Livramento y mucho más lejos, al norte de Cruz Alta, donde los dos bosquecitos que señalan los antiguos campamentos se llaman *O matto castelhano* y *O matto portuguez*, aquella rivalidad de siglos sigue vigente o, por lo menos, queda consignada en el mapa.

[...]

Puede ser que el español sea un poco más rudo y el portugués algo más astuto: sea como fuere, la antipatía perdura y ha sido trasladada a América.

Desde la Laguna de Merín hasta el Cuareim: es decir, a lo largo de una frontera de doscientas leguas, el mismo sentimiento prevalece a ambos lados. Allí, lo mismo que en Portugal y en España, aunque las regiones se diferencien poco, ya sean del Uruguay o del Brasil, les ocurrió algo indefinible cuando fueron ocupadas por esas dos razas tan próximas y sin embargo tan diferentes entre sí.

Grandes mares de pastos ondulantes, interrumpidos por unas pocas colinas pedregosas, son los rasgos principales del paisaje de la frontera, en las dos repúblicas. Las estancias, de una blancura deslumbrante, sepultadas dentro de montes de durazno e higueras, se hallan diseminadas en la llanura como islas en el océano de pasto. Grandes tropas de hacienda vagan sin rumbo; los jinetes, galopando con el ritmo de un reloj, navegan como barcos por la llanura. En las orillas del río crece una franja de árboles espinosos y, a medida que la frontera avanza hacia el norte, aparecen las palmeras y en los montes parlotean los monos. Manadas de asnos salvajes, más tímidos que antílopes, contemplan el paso de los jinetes y, cuando éstos se acercan, huyen perdiéndose en la bruma. Durante la primavera y el comienzo del verano, el suelo se alfombra con grandes extensiones de una borraja

purpúrea conocida por *flor morada*, que cede luego su lugar a las verbenas rojas; al borde de los arroyos, los penachos de las altas cortaderas recuerdan las plumas en la lanza de un indio pampa.

En lo alto de las colinas pastan, silenciosas, las bandadas de avestruces de grave aspecto que, cuando se asustan, disparan a grandes trancos en la dirección del viento, con las alas extendidas para recibirlo.

Las ropas son idénticas, o lo son casi, en toda la zona: el poncho y las bombachas metidas en botas altas de charol; el sombrero sujeto con un barbijo negro con dos borlas, se ven a ambos lados de la frontera. Sólo que, en el Brasil, una espada atravesada en el cinto reemplaza al facón uruguayo. Tal vez en ese único elemento se manifieste la diferencia entre las razas, ya que la espada es, por así decirlo, un símbolo, pues nunca se la vio desenvainada ni usada para otro fin que el ornamental. No es, en realidad, sino una supervivencia de antiguas costumbres, que tanto a los portugueses como a los brasileños les son tan caras como las niñas de sus ojos.

La vasta extensión del territorio del Brasil, su inaccesibilidad, la enorme distancia para viajar del interior a la costa y la sensación de hallarse tan lejos del mundo exterior, han permitido sobrevivir a un tipo de hombre que no se encuentra en ningún otro país cristiano. Todavía son frecuentes las sublevaciones de fanáticos; una tiene lugar en este momento en Paraná y la del célebre Antonio Conselheiro, hace veinte años, sacudió al país entero hasta la médula (1). La esclavitud existe aún en la memoria de personas vivas. Las mujeres, en los pueblos más remotos, todavía están recluidas como sucede entre los moros. Los hombres aún conservan algo de la edad media, en su amor por el espectáculo. Todos, en la provincia de Rio Grande, son excelentes jinetes; todos usan aperos de plata sobre un oscuro, y todos sus caballos están enseñados a virar en el aire como un halcón en vuelo.

Los hijos de esclavos abundan en los pueblecitos de frontera y todavía se ven, en las grandes haciendas, viejos negros canosos que fueron esclavos ellos mismos. Del otro lado, en el Uruguay, la cuestión del negro fue resuelta de una vez por todas durante las guerras de la independencia, porque entonces se les formó en batallones y se les puso en el frente de batalla, para morir por la libertad de un país donde un mes antes habían sido esclavos. La guerra los convirtió en héroes y los mandó a la muerte.

(1) Tema tratado por Graham en su obra *A Brazilian Mystic*, 1920. Ya había sido tema de *Os Sertoes* (1902) de Euclides da Cunha y lo retoma Vargas Llosa en *"La guerra del fin del mundo"*.

Una vez asegurada su independencia, los uruguayos adoptaron como por arte de magia el pensamiento moderno. La libertad significaba para ellos la igualdad absoluta y no se hallaba en el país entero ningún snob, cuyo servilismo dejase su huella de babosa sobre la faz de la humanidad.

Las mujeres disfrutaban de libertad, en la medida de lo posible en tierras latinas. Cruzando la frontera, aún hoy, uno puede pasar una semana en una casa brasileña en el campo, sin ver a ninguna mujer, salvo alguna mulata o negra vieja. No obstante, se siente observado por ojos que nunca ve; oye voces que ríen o cantan y reina una atmósfera de misterio.

Los españoles y los portugueses del Nuevo Mundo se han amalgamado tan poco como en su tierra natal. Sobre la frontera se congregaron los espíritus más turbulentos del Brasil y del Uruguay; allí llevan, apenas modificada, la vida que llevaron sus padres cincuenta años atrás. Todos portan armas y las usan a la menor provocación puesto que, si sucede un accidente, la frontera protege al asesino, ya que perseguirlo implica generalmente una disputa internacional, y así continúa el juego.

Fue así como Jango Chavez, que se sintió con ganas de divertirse o, como hubiera dicho él, de *brincar un bocadinho*, ensilló su caballo. Montó y como lo miraban sus amigos, atravesó al galope la plaza del pueblo y, girando como una gaviota en el aire, regresó a donde estaban aquéllos y frenó el animal de un tirón.

Tintineaban sus aperos de plata,y las pesadas espuelas, que colgaban flojas de sus botas de tacones altos, sonaron como grillos cuando el vivaz caballito saltó al aire haciendo brotar un surtidor de arena.

El jinete, sentado como una estatua, con esa mirada lejana que adoptan los de todas las tierras cuando están bien montados y saben que los observan, aflojó las riendas al caballo y lo dejó tomar un trotecito menudo, mientras arqueaba el cogote y tascaba el freno, debajo del cual colgaba un águila de plata. Saludando a sus amigos con la mano, Jango atravesó lentamente el pueblo. Pasó por calles arenosas, de casas blanqueadas y con los techos planos, ante cuyas puertas los caballos maneados dormitaban al sol.

Pasó huertos de naranjos, rodeados de tapias pardas de adobes en los que se veían asomar las pajas como cuando se secaron. En los terrenos baldíos, las plantas de castor formaban pequeñas junglas, de las que asomaban los gatos como se asoma un tigre de la selva verdadera.

El sol caía con fuerza y lo reflejaban las casas blancas; en el gran edificio severo donde vivía el capitán general, flotaba la bandera verde

y amarilla de la república, con el aspecto de un pañuelo de bandanas. Pasó la ranchería de los negros, sin la cual no estaría completo ningún pueblo como el de Santa Ana do Livramento y, si no estaba demasiado habituado a verlos, pudo advertir a los negritos desnudos jugando sobre la arena. Posiblemente, si reparase en ellos los llamaría *cachorritos pretos*, pues en el Brasil son profundas las huellas que dejó la época de la esclavitud. Siguió avanzando, una figura delgada y airosa, que acompañaba cada movimiento del caballo; sus rasgos, aceitunados y expresivos, semejaban los de una máscara de bronce bajo la fiereza del sol.

Durante la marcha el rebenque, sostenido por un tiento y colgándole de los dedos, golpeaba el flanco del animal al rítmico compás de su andar. Cruzó el arroyuelo que fluye entre los dos pueblos y salió a la pequeña llanura sin árboles que los separa. Por costumbre o porque se sintió entre gente hostil o a la que no comprendía, palpó con la diestra el cuchillo y los revólveres, ocultos bajo su poncho de verano; llevando alto el brazo que tenía las riendas y preparado para cualquier eventualidad, entró en una calle arenosa igual a la que había dejado atrás.

Salvo el hecho de que todo parecía un poco más nuevo, que las tiendas estaban mejor surtidas y que no había ranchos de negros, la diferencia entre ambos pueblos era insignificante. Es verdad que la bandera verde y amarilla había sido reemplazada por las franjas azules y blancas de la uruguaya. Había un policía armado en las esquinas de las calles principales y de vez en cuando pasaban los carros aguateros. Las flores del jardín de la plaza se veían bien cuidadas. En medio de ésta tocaba una banda y Jango no pudo dejar de ver que Rivera era más próspera que su ciudad natal.

Si esto influyó sobre él, si fue el vaso de caña que tomó en la primera *pulpería* o si lo hizo la antigua antipatía entre las dos razas, traída por sus antepasados desde la península, es cosa discutible; sea como fuere, cuando se bajó a beber dejó el caballo sin atar, con las riendas por el suelo. Al salir, un policía le gritó que lo maneara o lo atara.

Sin decir una palabra recogió las riendas, montó de un salto y, sacando su revólver con culata de nácar, le disparó casi en el momento mismo de subir al caballo. La bala levantó un chorro de arena que dio en la cara del policía, probablemente salvándole la vida a Jango. El hombre sacó a su vez la pistola y devolvió el tiro, pero Jango, dando un grito y apretando los talones, salió con la velocidad de un rayo, haciendo fuego al mismo tiempo y zigzagueando a lo largo de la calle. El policía erró el tiro y Jango, volviéndose sobre la montura, disparó de nuevo, sin acertar.

A esta sazón, ya había hombres con la pistola en la mano a la puerta de todas las casas; pero el brasileño pasó con tal velocidad, inclinándose ora a la derecha, ora a la izquierda del caballo, colgado del anca con un pie y aferrado con el otro a las crines, que no presentaba blanco a sus tiros.

Al pasar frente a la *jefatura*, donde estaba sentado el *alcalde* con sus amigos, fumando delante de la puerta, hizo fuego con tan buena puntería que desprendió un trozo grande de yeso justo arriba de sus cabezas, cubriéndolos de polvo.

Sacó su segunda pistola y sin dejar de tirar, huyó fuera de la ciudad, a pesar de las balas que le llegaban de todas partes; su caballo, al clavarle profundamente las grandes espuelas de plata, galopaba como el rayo. Cuando cruzó el pedacito de terreno neutral y en el preciso instante en que apareció una patrulla de caballería dispuesta a perseguirlo, un grupo de hombres de su propio pueblo le salió al encuentro.

Se detuvo y gritándoles un desafío a los uruguayos, encendió un cigarrillo. Entonces, ya puesto a salvo del otro lado de la frontera, trotó despacio en dirección a sus amigos, mientras el caballo arrojaba desde el freno una espuma blanca y por sus flancos corrían hilos de sangre que se perdían en la arena.

LOS PINGOS
(de *Brought Forward,* 1916)

El anfiteatro del bosque rodeaba una bahía tan profunda que parecía un lago. El Uruguay seguía su curso, pero la bahía estaba tan encerrada y bien defendida por una isla que se hallaba a su entrada, que la ilusión era completa y parecía separada del resto del mundo.

Dos veces por día, pasaban por el río barcos a vapor, que de noche daban la sensación de un trozo de ciudad flotando a través del despoblado. Los haces de luz eléctrica que salían de las cabinas, iluminaban el río henchido y amarillo y las notas de una banda solían cruzar el agua al paso de la embarcación. A veces, si la luz de un reflector caía sobre una tropa de hacienda que, después del anochecer, tenía costumbre de quedarse sobre una cuchilla, los animales disparaban hacia la oscuridad, corriendo entre los matorrales o chapoteando a través de un bañado, hasta ponerse al abrigo de ese nuevo terror nocturno.

Sobre la bahía, se levantaban las ruinas de una gran construcción. (1) Edificada hacía apenas cincuenta años y a la sazón desierta, había adquirido un aire de castillo; de sus paredes brotaban plantas y en el patio abandonado había crecido un árbol, entre cuyas ramas los horneros construían sus nidos de barro. Se alzaban unos cipreses por sobre el monte primitivo de árboles de madera dura, nudosos y contrahechos, casi todos los cuales conservaban sus nombres indígenas, tales como ñandubay, chañar, tala, sarandí, molle y muchos otros, tan ásperos como aquellos troncos que, retorcidos y deformes, parecían miembros de gigantes emergiendo de la tierra.

(1) Nota de J.P.Sáenz (h) en la edición de "Relatos del tiempo viejo", Peuser, Bs. As., 1955: evidentemente, el autor nos describe aquí las ruinas de un saladero. Sabido es que la preparación de tasajo y charque constituyó en otro tiempo una próspera industria en la República Oriental del Uruguay y en nuestra provincia de Entre Ríos. En ambas márgenes del río Uruguay encuéntranse aún hoy día edificios de saladeros abandonados y convertidos en simples estancias. Alguno, como el de "Casas Blancas", situado a tres leguas de Paysandú, continúa en explotación. Otros, como el de Guabiyú o el de Amaro (en cuyo recinto se atrincheró Anzani, el lugarteniente de Garibaldi), corresponden casi exactamente a la descripción que hace don Roberto.

Los naranjos, faltos de cultivo, crecían sin poda alguna y los manzanos habían degenerado a la especie primitiva. En el huerto desierto, en torno a la fábrica en ruinas, los troncos de los frutales estaban pulidos por la hacienda, porque hacía mucho que los cercos fueron destruidos o se pudrieron con el andar del tiempo.

Un grupo de casitas para obreros, sin techos, daba un aspecto desolado al valle donde estuvieron la fábrica y sus dependencias. Estas también habían sido invadidas por la poderosa vegetación subtropical y por sus paredes trepaban enredaderas, cubiertas con racimos de flores de colores vivos. Un lento arroyo corría por el valle y confluía con el Uruguay, formando un puertecito natural. Allí los bagres se calentaban al sol y, de vez en cuando, una tortuga caía al agua como una piedra desde la orilla. En el centro mismo de lo que fue la plaza, había una *ceiba* cubierta de flores aliladas que pendían en racimos como uvas gigantes. Se alzaban aquí y allá unos ombúes viejos, cuyas hojas oscuras y metálicas proyectaban una sombra impenetrable. Sus raíces, retorcidas y nudosas, expuestas en parte por las fuertes lluvias, les daban un aspecto prehistórico, de otro mundo, que condecía bien con el aire desierto de aquel lugar. Se diría que, por una vez, el hombre había sido subyugado y que la naturaleza victoriosa reasumía su poder sobre una región donde él había intentado entrometerse, para ser derrotado en la lucha.

A tal punto había recobrado su poder la naturaleza que los edificios, los árboles plantados y los senderos, cubiertos hacía mucho de pasto, parecían arruinados durante siglos, aunque apenas hubiesen pasado veinte años desde que los abandonaron y comenzara su decadencia.

Parecían mostrar el poder de recuperación de la selva primigenia y llamar la atención sobre la derrota del hombre. Sólo triunfaba aún el césped de la plaza desierta, corto y verde, como un oasis en medio de los duros pastos naturales que avanzaban casi hasta él, desde los claros del bosque.

El triunfo de las fuerzas más antiguas del mundo había sido tan completo y definitivo que no crecían sobre las ruinas musgos, sino plantas; nacían de ellas arbustos y grandes matas de pasto, quedando las piedras tan limpias como cuando se construyeron las casas. En esta parte del Nuevo Mundo, la naturaleza no pacta con la humanidad, como lo hace aquí, en Europa, donde retoca el trabajo de aquélla con dulzura y casi con mano reverente, llegando a una combinación en que es a medias partícipe. Allí el pan es pan y el vino, vino, sin matices que integren el conjunto. La única prueba que restaba de la agresión humana y se negaba todavía a inclinarse ante el genio

avasallador de ese lugar, era un grupo redondo de eucaliptus, vigorosos y desvergonzados, cuyos troncos y hojas tenían colores tan diferentes de cuantos los rodeaban que parecían casi vulgares, si se pudiera aplicar semejante epíteto a algo que no fuese el hombre. Bajo su exigua sombra se veían tendidos recados y frenos; sobre el suelo estaban sentados unos hombres fumando y conversando mientras sus caballos pastaban, atados a estacas con sogas de cuero crudo. Aquel sitio parecía tan alejado de todo, que el grupo semejaba una banda de pioneros en alguna frontera, a la que daban las ruinas un aire melancólico sin disipar la sensación de soledad.

Mientras charlaban ociosamente, tratando de pasar el rato o, como lo habrían dicho ellos, de hacer tiempo, de pronto, a la distancia, el silbido de un barco que se acercaba trajo el mundo exterior a ese pequeño paraíso solitario. Su sonido resultaba extraño en el aire cálido de las primeras horas de la mañana, cargado ya con el perfume de los aromos en plena floración. Revoloteaban las mariposas de un lado para otro o levantaban vuelo sobre los arbustos y, de vez en cuando, relinchaba desde la espesura una yegua sin amansar, rompiendo el silencio del valle desierto por el que el arroyito amarillento corría hacia el Uruguay.

Los hombres que estaban bajo los árboles agarraron sus caballos, enrollaron las sogas, montaron y, siguiendo una senda hecha por las vacas, se encaminaron a una altura que caía a pico sobre el río.

A una media milla de distancia, resoplando y jadeando mientras arrojaba una columna de humo negro, un remolcador que arrastraba dos lanchones luchaba contra la corriente amarilla. Los jinetes parecían estatuas; sus caballos estiraban las cabezas por encima del agua, que yacía treinta pies más abajo.

Aunque las patas de algunos estuvieran a una o dos pulgadas apenas del borde mismo, los hombres permanecían montados, algunos con la pierna boleada sobre el pescuezo del animal; otros encendieron cigarrillos y uno de ellos, con el caballo de flanco sobre el acantilado, se inclinó hacia allí quedando con un pie en el aire. Señaló con un dedo moreno el remolcador que avanzaba y exclamó: "Ahí están los lanchones con los caballos, que han de haber salido ayer de Gualeguaychú y tenían que estar aquí anoche". Los habíamos esperado en efecto, toda la noche, durmiendo alrededor de un fogón bajo el montecito de eucaliptus y levantándonos a menudo para fumar o conversar, comprobar que nuestros caballos no se hubiesen enredado en las sogas y estar atentos al silbato del remolcador.

Este avanzaba con lentitud, luchando por abrirse camino contra la rápida corriente y tirando de los lanchones que a cierta distancia

le iban en zaga, como pedazos de un muelle que de algún modo se hubiesen soltado a flotar.

Desde el lugar en donde estábamos, podíamos abarcar muchas millas de la superficie del Uruguay, con sus innumerables islas chatas sepultadas por la vegetación, que dividía el río en canales; estas islas, formadas en un principio por masas de plantas acuáticas y maderas llevadas por el agua, sólo se alzaban uno o dos pies sobre la superficie del río y eran todas alargadas, como grandes cintas dentro del río.

Sobre la margen derecha se extendían las praderas verdes de la Provincia de Entre Ríos, limitada por el Uruguay y el Paraná. Aunque mucho más llano que el terreno del lado uruguayo, tampoco era un mar de pasto a un solo nivel como en la Provincia de Buenos Aires, sino ondulado y sembrado de blancas estancias dispersas, sepultadas todas por grandes montes de duraznos y de higueras. A tres leguas sobre la orilla izquierda, donde nos hallábamos, podíamos divisar a Fray Bentos, con sus casas, de una blancura deslumbrante, ocultas por la vegetación, parecido a la distancia a mil otros pueblos de España, del sur de Italia y hasta de Marruecos, ya que la torre podía semejar un minarete en la lejanía.

El remolcador aminoró un poco la marcha y se le acercó lentamente una canoa para guiarlo hasta el pequeño puerto, sobre el arroyo que bajaba del valle hacia el Uruguay. De la proa se alzaba una caña larga, parecida a las de pescar, para sondear las aguas si era necesario.

El grupo de jinetes bajó despacio de la barranca hasta llegar al borde del río, para ver las evoluciones del remolcador y atajar los caballos cuando desembarcaran. Se había acercado tanto, ya, que podíamos ver las cabezas de los animales, asomando alborotadas sobre la borda trancada de los lanchones y oír el ruido atronador de sus cascos que pisaban las amplias cubiertas. El remolcador, después de surcar unas trescientas yardas de la bahía en la que desembocaba el arroyo, abandonó uno de los lanchones en un remanso. Allí quedó, y la corriente lo fue llevando lentamente hacia atrás, girando sobre sí mismo.

En medio de aquel paisaje desierto, en el que nosotros constituíamos el único elemento humano, el lanchón gigante con su carga de caballos parecía el arca de Noé, en la ilustración de algún libro antiguo sobre Palestina.

El remolcador avanzó despacito, en tanto que el piloto, de aspecto indígena y agazapado en su canoa, sondeaba asiduamente con la larga caña. Como el calado del remolcador era de unos seis pies y el del lanchón no mucho más de tres, lo difícil era acercar este último a la

orilla lo suficiente como para que, quitado el cable, entrase por sus propios medios. Dos veces encalló el remolcador y fue liberado por toda la tripulación, que empujaba con pértigas dando furiosos gritos. Por fin, el piloto encontró un canal algo más profundo y el lanchón, que estaba a unos cincuenta pies de la costa y a una distancia del lugar en que el arroyo entraba en el gran río, equivalente a una o dos veces su longitud, desenrolló el cable, lo arrojó mientras la corriente lo llevaba hacia la orilla y la gran arca, con toda su carga, tocó tierra suavemente en la playita arenosa. El capitán italiano del remolcador, un genovés de cabellos grises ensortijados como lana de oveja, vestido con una camisa de color rosa con herraduras estampadas y un gran moño de gasa azul al cuello, salió en un sucio botecito conducido por un marinero negro y un napolitano, que metían los remos en el agua sin cuidarse uno del otro, ni con respecto al golpe ni al compás.

El capitán desembarcó, enjugándose el rostro con un pañuelo amarillo y, usando la jerga mezcla de español y de italiano que la gente de su laya emplea en el Río de la Plata, nos saludó, injurió al río por sus vueltas y bancos de arena y luego, después de dejarlo tan maldito como la laguna Estigia o el Periflegeton, maldijo doblemente a la aduana que, según dijo, estaba compuesta por ladrones, e hijos de ladrones, que seguramente engendrarían otros similares. Después se calmó un poco, sacó un largo cigarro de Virginia, le quitó la paja cuidadosamente con gran destreza y, con un fósforo, hizo arder un cuarto de pulgada sin que diera llama; lo encendió y, lanzando una nube de humo, se sentó en el pasto y se puso a insultar con todo el ingenio de su profesión y de su raza, el país, el calor y a todos los santos.

Hecho esto y al ver que la corriente se llevaba lentamente al otro lanchón, más allá de la playa de arena, subió de nuevo al bote con una maldición final dirigida a la madre de Dios y a su Hijo, cuyo nacimiento insinuó sin tapujos que era un misterio del que desconfiaba, y se volvió al remolcador, dejándonos asombrados de su locuacidad y su religión.

Una vez alejado y luchando ya con el otro lanchón, que se movía despacio río abajo, aparecieron dos o tres hombres en el primero, ya en la desembocadura del arroyo y a un par de yardas de la orilla; advirtiéndonos que estuviésemos atentos, porque los caballos no habían comido desde hacía cuando menos dieciséis horas, bajaron lentamente el puente de madera. Al principio, los animales estiraron el pescuezo y miraron el pasto, pero no se atrevían a bajar; luego se aventuró un rosillo grande, bufando y pisando con temor; cuando se halló sobre el pasto, soltó un agudo relincho y se revolcó. Los otros lo siguieron

en una larga fila y sus cascos sin herrar sonaban sobre las tablas como truenos distantes.

Cargando la montura sobre sus espaldas desembarcó Byrne, el porteño, colorado y corpulento, vestido con bombachas y botas hasta el muslo, un pañuelo de seda negra anudado flojamente al cuello, un sombrero de fieltro negro y una gruesa cadena de reloj de plata con un bocado recto puesto en la mitad, que hacía un extraño contraste con el ancho cinturón para la pistola, abrochado con monedas antiguas de plata. Lo seguía Doherty, cuyo nombre, impronunciable para los hombres de raza latina, quedaba suavizado en su lengua a Duarte y convertido así en un buen patronímico castellano. También él era porteño, pero de origen irlandés. Alto, de pelo oscuro, vestido en parte con ropas nativas, hablaba siempre español, como Byrne, cuando no había extranjeros presentes, y en su inglés se notaban esas consonantes suaves y vocales abiertas que le daban un sonido acariciante, por así decirlo, y causan extrañeza en gentes como él por no condecir con su carácter. Los seguían dos o tres peones, del tipo común entre los gauchos, llevando sus recados y caminando como lo hace el caimán sobre la arena, en puntas de pie, para no mellar las rodajas de sus espuelas.

Nuestros hombres ya estaban montados, listos para el rodeo: García, el fondero de Fray Bentos; Pablo Suárez, cuya sangre negra y cabello motudo le daban el aspecto de un emperador romano de la decadencia; Pancho Arellano y Miguel Paralelo, el dandy gaucho, que se hamacaba sobre el caballo tocando apenas con los dedos de los pies los pesados estribos de plata con una corona debajo; Vélez y el Pampita, un indio que habían capturado joven en la pampa del sur.

Los animales no necesitaban de mucho cuidado, pues comían con voracidad y sólo tuvimos que arrearlos unos pocos centenares de yardas para permitir el desembarco de los demás.

A esta sazón, el capitán italiano había llevado suavemente, con su remolcador, el otro lanchón hasta la playa; de su costado bajó al pasto otra larga fila de caballos. También éstos se revolcaron y, al ver al otro grupo, se mezclaron poco a poco con él, de modo que muy pronto hubo cuatrocientos caballos comiendo ávidamente los pastos tiernos de la desembocadura del arroyo, entre la orilla y la espesa franja del monte.

Aunque era temprano, el sol calentaba ya y durante una hora retuvimos los caballos, impidiéndoles que bebieran hasta que hubiesen comido bien.

El italiano, capitán del remolcador, después de sacar una botella de ginebra de marca (la del Ancla) y beber a nuestra salud, limpió

solemnemente el cuello con su mano roñosa y la hizo circular entre nosotros. También bebimos a su salud y por un buen viaje al puerto, cuyo nombre pronunciaba como si se escribiese "Bono Airi", añadiendo, ya que era tiempo de guerra, *Avanti Savoia* a nuestro brindis. Sonrió y con un ademán de su mano sucia y rechoncha, adornada con dos o tres anillos al parecer de cobre que se le incrustaban en la carne, echó una maldición general a los *tedeschi* y subió a bordo del remolcador.

Una vez asegurados los lanchones se dirigió río abajo, saludándonos con tres silbatos agudos y nos dejó con nuestros caballos, a miles de millas de distancia del vapor y del humo, de patrones de barco blasfemos y de la agitación y el alboroto de la vida moderna.

Los picaflores se detenían en el aire ante los racimos purpúreos de las flores de ceibo, metiendo la lengua en las corolas y batiendo sus alas iridiscentes con tal rapidez, que se podía advertir el movimiento pero no observarlo; de las esferas amarillas de los espinillos llegaba una fragancia intensa y reconfortante.

Sobre el claro en que pastaban los caballos, volaban chillando bandadas de cotorras verdes en dirección a sus grandes nidos, en los que diez o doce de ellas parecían albergarse y quedaban allí suspendidas de las patas o se entraban arrastrándose por los agujeros. De vez en cuando unas langostas, llevadas por el viento, pasaban rumbo a la destrucción de las plantaciones de álamos y naranjos jóvenes, en las verdes islas dentro del río.

Su aire de paz daba un curioso interés a ese rinconcito de un mundo hundido en la lucha y en la desventura. Los troperos se adormilaban sobre sus caballos, que a su vez tenían la cabeza gacha y, de cuando en cuando, cambiaban de lugar para quedar a la sombra. El dueño de la fonda, García, con sus ropas de ciudad y encaramado a un lobuno de gran alzada, "sudaba sangre y agua como nuestro Señor Jesucristo", según sus propias palabras, en medio del violento respaldo del sol en ascenso. Suárez y Paralelo se metieron bajo los sombreros los extremos de sus pañuelos de seda roja, que llevaban atados flojamente al cuello, con las dos puntas caídas sobre los hombros como las alas de una gran mariposa, y fumaron incontables cigarrillos, el remedio del hombre de frontera contra el calor o el frío. De todo el pequeño grupo, el único que no daba señal de que le molestase la temperatura era el indio pampa. Cuando se alejaba algún caballo, iba a buscarlo al galope, a veces golpeando las mariposas con el rebenque al pasar; o dejándose caer del recado casi hasta el suelo, arrastraba un dedo oscuro por el polvo durante un trecho y luego, torciéndose como una víbora, volvía con un alarido a la montura.

Las horas pasaron lentamente hasta que por fin los caballos, llenos de pasto, dejaron de comer y miraron hacia el río; los dejamos, pues, que se fueran acercando despacio a una ensenada poco profunda de la playa. Allí bebieron con ansias metidos hasta la rodilla, hasta que tres o cuatro de los más avanzados se pusieron a nadar.

Sólo se veían sobre el agua sus cabezas y a veces sus lomos que, al emerger como cetáceos en un canal de marea, les daban un aire anfibio, que de algún modo los relacionaba con los clásicos en esa tierra tan poco dada al clasicismo.

Nadaron y retozaron largo rato y luego, al salir a aguas poco profundas, bebieron otra vez; golpeando el suelo con los cascos y sacudiendo las largas colas, se abalanzaban y pateaban entre ellos.

Yo estaba a caballo sobre una pequeña elevación, enrollando el lazo que se había soltado al engancharse en un arbusto, cuando oí una voz que decía, con el suave acento arrastrado de los correntinos: *¡Pucha, pingos!*

Volví la cabeza y vi al que hablaba, un gaucho de unos treinta años de edad, todo vestido de negro en el viejo estilo de hacía tres décadas. Su facón de plata, de unos dos pies de largo, metido en el cinto, sobresalía a los lados del cuerpo como una vela latina.

Yo no tenía la menor idea de dónde había salido; parecía que hubiese surgido, detrás de mí, de los matorrales. "Sí", repitió, "*Puta, pingos*", dando a la expresión su forma más clásica, aunque más primitiva. "¡Qué lindos están! Parecen el jardín de la plaza de Fray Bentos en un día de sol".

Se veían allí todos los pelos, con todas sus variedades, blanco, pangaré, tostado con una pata calzada hasta la verija; con gargantilla alrededor del pescuezo o una estrella tan neta como si se la hubieran pintado en el cuarto; y *tubianos*, es decir de color castaño, negro y blanco, un pelo justamente apreciado en el Uruguay.

Volviéndose a medias y ofreciéndome un cigarrillo, el correntino habló otra vez: "Es un paraíso para estos *pingos* aquí, en el *rincón*: pasto, agua, todo lo que precisan; sombra y reparo del viento y del sol".

Así me pareció a mí: el río de rápido curso, con sus islas verdes; las cortaderas bordeando el agua; los edificios en ruinas, casi perdidos entre los naranjales vueltos a su estado silvestre; pasto, sombra y agua. "*pucha*, no... *¡Puta, pingos!* ¿Adónde estarán ahora?"

BOPICUA
(de *Brought Forward*, 1916)

El gran corral de Bopicuá estaba lleno de caballos. Tordillos, zainos, colorados, oscuros, bayos, tostados, rosillos (tanto moros como colorados), tobianos colorados y negros, bayos encerados, overos, gateados y cien otros matices y manchas, desconocidos en Europa pero cada cual con su nombre propio en el Uruguay y en la Argentina, se empujaban unos a otros en una masa caleidoscópica.

Del corral se levantaba una espesa polvareda, que se mantenía suspendida sobre sus cabezas. Algunas veces los animales se apretaban entre ellos, mirando con los ojos muy abiertos y las narinas dilatadas al grupo de hombres que descansaba alrededor de la tranquera. En otros momentos, los hacía galopar ese miedo pánico que se apodera de los caballos cuando se encuentran hacinados en gran número. Sus pisadas se oían amortiguadas en medio de la nube de polvo y ellos mismos parecían fantasmas entre la niebla. Después de dar varias vueltas se detenían; los que quedaban apartados de la multitud bufaban, estirando las cabezas casi hasta llegar al suelo, para volver corriendo, arqueando el pesquezo y desplegando la cola como un estandarte.

El campamento de Parodi estaba situado fuera del gran corral, debajo de unos paraísos y armado con chapas acanaladas y cueros, asegurados a estacas cortas, de modo que unas y otros llegaban casi hasta el suelo, al estilo gitano. De las ramas de los árboles colgaban recados, frenos, cabestros, maneas, *lazos y boleadoras;* abajo estaban tendidas para secarlas las mantas del apero. Unos pedazos de carne se mecían pendientes del techo y bajo el alero se había colocado un *catre*, la cama-tijera de España y de sus colonias en el Nuevo Mundo. Sobre el *catre* se aireaban al sol un montón de ponchos, cuyos vivísimos colores parecían casi apagados en la fuerte luz de una tarde uruguaya de marzo. Cerca del campamento había varias carretas de bueyes, con las varas apoyadas sobre un soporte y los toldos cubiertos de juncos, que les daban un aspecto de chozas sobre ruedas. En torno a las brasas del fogón se veía unos hombres, sentados sobre cráneos de vaca; circulaba el mate yendo de uno a otro como esas antiguas co-

pas con varias asas que se pasaban de mano en mano, Parodi, hijo de italianos, obstinado, gaucho en el hablar y el vestir, pero todavía medio europeo en su escasa comprensión de las mañas de un potro; Arena, el *capataz* entrerriano, delgado y nervioso que, según él, había sabido leer en su juventud y hasta manejar la pluma, pero después "las cosas de este mundo lo habían vuelto analfabeto del todo y acostumbrado más al lazo y a las espuelas". El mulato Pablo Suárez, vivaz y felino, gran corredor y domador de caballos, era petiso y de amplio pecho, con los ojos de un gato negro y los dedos de los pies tan prensiles como los de un mono, con los que se aferraba al estribo cuando empezaba a corcovear un potro, para no tocarle los flancos. Con ellos, en torno al fuego, estaban Miguel Paralelo —alto, bien parecido, de pelo oscuro, propietario de algunos bienes pero a quien las emociones de la vida de vaquero lo habían incitado a trabajar por un sueldo, para poder disfrutar a diario el riesgo de ser desnucado por un bagual— y también otros peones, como el Correntino y Venancio Báez. Los acompañaban Martín el Madrileño, traficante de caballos que había experimentado los encantos de la vida gauchesca, lo mismo que Silvestre Ayres, un brasileño menudo y de color oliva; persona instruida, pero más conocido por infalible tirador con pistola que como hombre de libros. Esperaban turno para tomar mate o comían grandes pedazos de carne asada al asador, sobre un fuego de huesos. La mayoría eran altos y musculosos, y tenían ese aire taciturno y ese equilibrio interior con que su sangre indígena y sus vidas solitarias suelen marcar los rostros de estos centauros de las llanuras. El campamento, situado sobre una lomita, dominaba el terreno por varias leguas a la redonda. Pastaban al pie de aquélla incontables caballos. Hacia el oeste, el campo se extendía hasta los montes que bordean el Uruguay, río que, lleno de numerosas islas, corre entre largos trechos boscosos y constituye la frontera con la Argentina.

Entre el campamento y los corrales, quedaban las brasas de un fuego hecho con huesos y ñandubay, junto al cual, apoyadas contra un alambrado, estaban las marcas que convirtieron los caballos del corral en propiedad del gobierno británico. Alrededor de la tropa encerrada corrían otros caballos relinchando, buscando a sus compañeros que ya no pastarían en Bopicuá, sino que serían enviados por tren y por barco a los campos de batalla de Europa, para sufrir y morir sin saber por qué, dejando sus lugares de pastoreo y sus inocentes amistades hasta el Juicio Final. Estoy seguro de que entonces, ya que Dios, pese a todo, debe de tener algún sentimiento humanitario, las cosas les serán explicadas, la luz se abrirá paso en sus tinieblas y pastarán en praderas donde el forraje no se marchita y las vertientes no se secan nunca.

libres de la montura y sin las crueles espuelas que los azuzan sin que sepan adónde ni por qué.

Durante semanas, habíamos estado eligiendo los quinientos condenados. A caballo desde la madrugada hasta la noche, inspeccionamos y examinamos hasta que nos pareció que ni una sola imperfección equina habría escapado a nuestros ojos. Los gauchos, que creen ser los únicos que entienden de caballos, estaban mudos de asombro. Les parecía sorprendente tomarse tanto trabajo para elegir animales que, en su mayoría, iban a morir a los pocos meses. "Estos hombres", decían, "son todos doctores en su trabajo. Conocen hasta el defecto más chiquito; saben qué piensa el animal y por qué. Pero ninguno es capaz de subirse a un caballo que sacuda siquiera las orejas. Aquí hay algún misterio. Si no, ¿por qué se preocupan tanto, cuando lo único que hace falta es algo que lo lleve a uno a lo más bravo de la pelea?"

El sol empezó a declinar un poco y todavía nos faltaba arrear los caballos tres leguas, hasta el lugar de pastura donde pasarían su última noche en libertad, antes de ser amansados. Los nuestros estaban fuera del corral, atados a los postes, algunos con *recado* enchapado en plata, otros con montura inglesa que, fuera de Inglaterra, tiene ese aspecto de cosa extraña e inútil, como una sartén puesta sobre el lomo. Cuando estábamos por montar, apareció un hombre arreando una puntita de caballos que, según dijo, sería un delito contra el Sacramento que dejáramos. "Son todos pingos", exclamó, "para ser montados por el mismo Dios; todos enseñados al estilo brasileño: pueden dar vuelta sobre una matra puesta en el suelo y galopar alrededor de una cabeza de vaca mientras el jinete se apoya en ella con una mano". Por su acento, el que hablaba era brasileño; tenía la tez aceitunada y en el pelo una leve insinuación de mota. Su caballo, un bayo claro cabos negros, era evidentemente redomón y bufaba con fuerza mientras saltaba a uno y otro lado, haciendo sonar los aperos de plata y agitarse al aire el poncho del jinete. Aunque teníamos poco tiempo, las palabras del hombre fueron tan persuasivas; su aspecto tan típico, con las grandes espuelas de plata colgándole del talón y la chaqueta levantada bajo el codo por el mango del cuchillo y, para decir verdad, los animales parecían tan buenos y en tan excelentes condiciones que resolvimos examinarlos y le dijimos al dueño que los metiera en un corral.

Recomenzamos el trabajo que tanto habíamos hecho: montar y revisar. Una vez más discutimos, tratando de explicarles los misterios de la burocracia a las mentes poco sofisticadas; otra vez nuestros *domadores* saltaron, sin esfuerzo y en pelo, sobre aquellos caballos que nunca habían visto antes, con resultados diversos. Algunos de los anima-

les del brasileño corcoveaban como antílopes; el Correntino y los demás se mantenían sobre ellos, en pelo, con la facilidad con que un hombre común salta una barrera baja. Cada vez que les preguntábamos por qué no los ensillaban, nos contestaban lo mismo: "Montar con *recado* es juego de chicos". Continuaron así, sujetando los caballos después de tres saltos cortos y dejándolos echando humo por las narices y sacudiendo violentamente las crines y las colas, a una o dos yardas del corral. Luego, apeándose, daban su opinión de que ese *bayo, zaino o gateao* era justamente lo que le hacía falta a un lancero y pensaban que ellos mismos podrían dar cuenta de muchos alemanes si estuvieran allí, en la Gran Guerra. Esta gran guerra, que llamaban "bárbara", con el secreto placer de ver demostrado que los europeos no eran más civilizados que ellos, les parecía una gran diversión de la que se veían privados.

Muchos de ellos, cuando vendían un caballo, lo miraban diciendo: "*Pobrecito*, te vas a la Gran Guerra". como mira un hombre a su hijo a punto de marcharse allí, con una mezcla de admiración y de tristeza.

Después de examinar toda la tropilla del brasileño con tanto cuidado que dijo: "¡Por la muerte de Satanás, sus mercedes saben más que yo sobre mis caballos y me asombra que no me pregunten si han cumplido con todos los preceptos de la Iglesia!", hallamos unos veinte apropiados para la Gran Guerra. Llamando a Parodi y al *capataz* de Bopicuá, que se habían quedado todo el tiempo sentados junto a las brasas, tomando mate, para que preparasen las marcas, los peones apartaron los animales mientras nuestro jefe gritaba "artillería" o "caballería", según fuera su tamaño. Después de marcarlos, en el cuarto para la caballería y para la artillería en el cogote, un peón les tusaba las crines, dejándolos feos como mulas según dijo su antiguo dueño y, una vez realizado el pago, estuvimos listos otra vez para ponernos en camino. La cosa nos demoró algún tiempo, ya fuese porque el brasileño no sabía contar o porque, por exceso de prudencia, no aceptaba cobrar los caballos sino de a uno. Por esto, tuvimos que sacarlos uno por uno y ponerle el fajo de billetes en la mano cuando iban pasando la tranquera. Aun así, hubo que contar por separado cada fajo, porque el tiempo es la cosa de que más disponen los hombres en lugares tales como Bopicuá.

Nos quedaban tres leguas largas y dos horas de sol por hacer, pues en aquellas latitudes no hay crepúsculo y la noche sucede al día como en una película cinematográfica. Por fin, todo quedó concluido y estuvimos libres para partir. Estos arreos se consideran una diversión en la América del Sur; por eso el brasileño se llevó los caballos que recha-

zamos, dándoselos a un negrito para que los mantuviera juntos y asegurando que eran tan buenos o mejores que los comprados y, después de ajustar la cincha, se dispuso a acompañarnos. Antes de salir, se nos acercó un hombre joven, vestido exageradamente a lo gaucho, con bombachas, poncho, una *golilla* al cuello, un lazo colgando de la montura, un par de *boleadoras* asomando del *cojinillo* y un largo facón cabo de plata al cinto. Era, al parecer, hijo de un estanciero y estaba estudiando derecho en Buenos Aires, pero, hallándose en vacaciones y enterado de nuestro arreo, había ido a ayudarnos en la tarea. En estos casos ninguno es de desdeñar; agradecimos sus buenas intenciones, a lo que respondió que él "era partidario de los aliados, amante de la libertad y de la verdad, y estaba adelantado en sus estudios, sobre todo de derecho internacional"; montamos, los gauchos sin esfuerzo, flotando casi hasta las sillas; los europeos con ese aire de escalar un barco, que nos diferencia del hombre menos civilizado.

Durante las operaciones con el brasileño, se sacaron los caballos del corral para que comiesen y ahora se los tenía en *pastoreo*, como se dice en el Uruguay; es decir, vigilados a corta distancia por hombres montados. Sólo faltaba sacar del corral los comprados al brasileño y juntarlos con la tropa más grande. Salieron en fila como los gansos salvajes, relinchando y mirando en derredor; luego, instintivamente, se dirigieron hacia los que pastaban para perderse entre ellos. Nos aproximamos despacio a la tropa, mandando a algunos hombres bien montados para rodearla y con muchas precauciones —pues, entre todos los animales, los caballos mansos son los que con mayor facilidad se asustan sobre la marcha y disparan— los hicimos seguir una huella bien trillada que conducía a la tranquera de Bopicuá.

Al principio se movían algo a desgano, como azorados. Luego, pareció inspirarlos la emoción que tan rápidamente se contagia y difunde entre los animales en movimiento, y la tropa entera tomó un trote corto. Ese es el momento en que puede ocurrir la disparada y por consiguiente frenamos y anduvimos al paso, mientras los que cuidaban los flancos se acercaban lentamente al frente, prontos para lo que pudiese suceder. Poco a poco, el trote fue disminuyendo y vimos delante de nosotros un mar de crines y de colas que surgían de una nube de polvo, del que salían agudos relinchos y fuertes bufidos. Llegaron a un bajo con varias lagunas y se detuvieron a tomar agua, apretándose en la escasa profundidad, en la que revolvían el barro y bebían con avidez. El tiempo apremiaba y, como sabíamos que no les faltaría agua en la pastura donde dormirían, volvimos a arrearlos hasta la huella, con los hocicos y las colas chorreantes y el barro negro pegado al pelo de las ranillas y manchándoles los lomos. Otra vez se largaron a trotar,

pero como estaban controlados no lo impedimos, porque todavía faltaba una milla para llegar a la tranquera.

Cerca de uno de los charcos que pasamos yacía el cadáver de un caballo, horriblemente hinchado y con las patas rígidas, un poco levantadas por la distensión de los flancos. Los animales se le apartaron aterrados y un rosillo joven bufó y se salió de la tropa, disparando como una flecha. Con ser rápido su movimiento, más lo fue el Correntino, que hizo girar su caballo sobre las patas y se lanzó a detenerlo. Revoleando el rebenque, corrió a cortarle la retirada al fugitivo que, con la cola desplegada al viento, le llevaba unas cincuenta yardas de ventaja. Nos arrimamos instintivamente a los otros animales, no tanto como para asustarlos, pero sí lo suficiente para impedir que otro se disparase. El Correntino, en un moro redomón, que montaba con un bocado porque todavía no le había puesto freno, avanzó en forma ligeramente oblicua hacia el que huía, ganando terreno a cada paso y balanceándose con cada movimiento sobre el recado, en el que apenas parecía afirmarse, tan perfecto era su equilibrio. El sombrero se le voló hacia atrás y, al estar sujeto bajo el mentón con un barbijo negro, le enmarcaba la cabeza como una aureola. Debajo de él, aleteaba el pañuelo de seda roja, que llevaba atado flojamente al cuello; mientras corría a todo galope, con el lazo enrollado sobre el anca del caballo y los ojos fijos sobre el rosillo que volaba, alzándose y cayendo con cada salto, podría haber servido de modelo a un escultor para un centauro, a tal punto él y el potro que montaba parecían indivisibles.

A los pocos segundos, que nos parecieron minutos, pues temíamos que la infección se extendiera a toda la *caballada*, el Correntino le cortó la retirada al rosillo y lo obligó a volverse; éste regresó, a tres cuartos de su velocidad inicial, estirando el pescuezo hacia uno y otro lado, como si creyese que aún había manera de escapar.

Para entonces ya habíamos alcanzado la tranquera de Bopicuá y todavía nos separaban siete millas de nuestro campamento, con un sol que bajaba rápidamente. Contamos los caballos al pasar la tranquera, operación bastante difícil cuando el tiempo apremia y el recuento es largo. Nada más fácil que dejar pasar un animal; es decir, para los europeos, por muy prácticos que sean, pero los gauchos, con sus ojos de lince, no se equivocan nunca. "¿Adónde está el tostadito malacara al que le falta un pedazo del vaso de la mano izquierda?", dirán, y se puede apostar diez contra uno que ese animal falta, porque lo que no saben sobre el aspecto de un caballo no llenaría muchos libros. Entre Bopicuá y la extensa pastura donde iban a dormir los caballos, sólo había una huella hecha por las tropas. Cuando pasó el último y cerraron la gran tranquera, el joven estudiante de derecho se me acercó, y

contemplando la "tropilla grande", como la llamaba, dijo: "*Moriture te salutant*. Esta es la última vez que pastarán en Bopicuá". Nos volvimos al punto y el sol poniente iluminó la llanura ondulada, dorando los penachos algodonosos de los largos pastos y cayendo sobre las hojas verde oscuro de los árboles bajos que rodeaban el campamento de Parodi, haciendo centellear la franja boscosa que orlaba el Uruguay y dándole de lleno a una estancia blanca en Entre Ríos, de modo que parecía muy próxima aunque estuviese a cuatro leguas de distancia.

A doscientas o trescientas yardas de la gran tranquera había un ranchito, tan primitivo, a no ser por un teléfono, como los de los gauchos uruguayos de hace treinta años, (1) según los recuerdo. Habían dejado un barril para acarrear agua sobre una rastra, cerca de la puerta, a la cual el morador se hallaba sentado tomando mate, golpeándose la bota con un cuchillo largo. Bajo un alero de paja estaba un caballo ensillado; un chico, montado en un petiso, iba arreando lentamente una majada de ovejas. El tenue humo azul que subía de unas brasas de leña y de huesos, se mezclaba a tal punto con el aire que era imposible asegurar si en verdad era humo o el reflejo sobre la atmósfera del distante río Uruguay.

No lejos de allí, yacía la osamenta de un caballo, con pedazos de cuero adheridos y apergaminados por el sol. Todo lo vi como en una cámara lúcida, un poco torcido sobre mi montura y pensando con tristeza que yo también miraba a Bopicuá por última vez. No a todos está permitido, después de un lapso de muchos años, regresar al escenario de su juventud y encontrar en él el mismo sabor de entonces. Volver a las preocupaciones de la vida llamada civilizada, con todas sus mezquindades, sus periódicos llenos de insignificancias, sus sórdidos móviles disfrazados con nombres altisonantes, sus horrorosas riquezas y su pobreza sórdida, su falta de simpatía hacia el hombre y, sobre todo, su bárbara guerra, resultado de la tontería de sus gobernantes, no era una idea que me resultase atrayente en ese momento, mientras sentía que el pequeño *malacara* que montaba tascaba el freno, ansioso por marcharse. Cuando lo toqué con las espuelas se lanzó hacia adelante, alcanzó enseguida la *caballada* y aquel lugar, que durante tantos meses fue parte de mi vida, desapareció de mi vista, tal como desaparece una isla en el trópico cuando el barco se aleja de ella; como si se hundiera, por así decirlo, con el casco tapado por la convexidad del mar.

Cuando entramos en el gran campo alambrado de La Pileta y nos

(1) Estrictamente, 38 años. Había estado en el Uruguay en 1876 y este relato sucede en 1914.

salimos de allí y subimos una cuchilla al galope, vimos al pie una laguna y más allá un monte, cerca de un desvío de ferrocarril. Anochecía ya, pero nos quedaba aún una media hora de luz. Como sucede a menudo en la América del Sur, justo antes de ponerse el sol se detuvo el viento en una calma total y las pequeñas nubes de langostas, al sentir que se acercaba la noche, cayeron dentro de los altos pastos como un pez volador cae a las olas, con un áspero chirrido de sus alas de gasa.

Los caballos olieron el agua al pie de la loma y los quinientos animales se largaron al galope, las crines al viento y las colas levantadas; nosotros, sintiendo que aquel galope era el último, corrimos a su lado en toda la furia hasta llegar a unas cien yardas de la gran laguna. Entraron en el agua y bebieron todos con avidez, mientras el último sol caía sobre sus lomos de pelajes diversos, dándole a la tropa el aspecto de un vasto campo de tulipanes. Nos mantuvimos alejados para dejarlos beber a sus anchas y luego llevamos los caballos nuestros hasta la orilla, nos apeamos, les quitamos el freno y los dejamos tomar agua con el aire de quien cumple un ritual, por mucho que alzaran la cabeza y comenzaran de nuevo.

Arena, el Correntino, Paralelo, Suárez y algunos otros, llevaron lentamente la tropa a pastar en el denso pastizal oscuro. Los demás subimos una cuesta hacia el monte. Allí nos detuvimos y, al volvernos hacia la llanura, sobre la cual los caballos, a la media luz, parecían haber decrecido hasta tener el tamaño de ovejas, alguien, creo que Arena, o tal vez Pablo Suárez, pronunció su elegía: "Coman bien", dijo; "allí donde van del otro lado del mar, no hay pasto como el de La Pileta. Todo el pasto de Europa ha de tener olor a sangre".

EL ARBOL DEL GUALICHO

En el preciso lugar en que se pierde de vista la Sierra de la Ventana, que semeja apenas una niebla azul sobre el horizonte; cerca del segundo pozo, en la larga *travesía* desierta entre El Carmen y Bahía Blanca; sobre una meseta pedregosa desde la cual la interminable pampa de color castaño hace ondular un mar de pasto hacia el norte, mientras que hacia el sur se extienden hasta el Río Negro las estepas patagónicas, batidas por los vientos y sembradas de piedras; allí se alza, completamente solo. En muchas leguas a la redonda, ningún árbol sobrepasa los arbustos bajos de cura-mamuel y de elicuy, ni los pastos quemados por el sol y chamuscados por las heladas. Algunos lo suponen un altar para el Gualicho, el espíritu maligno, que en la teogonía de las tribus indígenas nómades ha prevalecido tanto, hasta ahora, sobre el otro demonio que gobierna el bien, que cuantos sacrificios realizan son para el primero. Según unos, era un espinillo, en la opinión de otros, un tala o un chañar; bajo, nudoso e inclinado hacia el nordeste por el soplo continuo del *pampero* que rueda, impetuoso, sobre las llanuras del sur, el árbol, por su situación y su tamaño, tiene una forma que apeló en seguida a la imaginación de las tribus indigenas. En épocas anteriores a que el rifle moderno los matase tan cobardemente (los matadores protegidos por el alcance de sus armas de los débiles ataques de lanza y boleadoras y convertidos en seres maléficos como dioses, mediante el trabajo de unos obreros de Liège o de Birmingham, quienes a un tiempo forjaban sus propias cadenas y ayudaban, sin saberlo, a matar hombres que no habian visto nunca), era seguro que no hubiese araucano, pampa, pehuelche o ranquel que pasase junto al Arbol del Gualicho sin dejar su ofrenda. Daban así testimonio de la fe que tenían en su poder, su majestad y su grandeza.

Los gauchos solían decir que el árbol era la encarnación del Gualicho. Como eran cristianos por la gracia de Dios y en virtud de algunas gotas de sangre española, llamaban idólatras a los indios. Estos no tenían ídolos, mientras que los gauchos solían tener la efigie de un santo, colgada en la pared de sus ranchos bajos, techados de paja, cuya puerta era a veces el cuero de una yegua. Así pues, los gauchos resultaban realmente más idólatras que sus salvajes primos, a los cuales despreciaban, como se desdeñan mutuamente católicos y protestantes, cada cual seguro de su iglesia y de su libro y convencidos ambos de que el otro está condenado. Es así como los gauchos afirmaban que los indios tenían al árbol por un dios, sin saber que adoraban dos grandes espíritus que regían, uno el bien y otro, más poderoso, el mal, como les parece natural a todos aquellos que fabrican credos.

Antes de que ningún gaucho llegara al sur de las sierras de Tandil, los jesuitas ya conocían las tribus y el padre Falkner escribió sobre las creencias de los pehuelches y de otras tribus que erraban desde Choele-Choel hasta Santa Cruz, en torno a las Salinas Grandes, alrededor del lago Nahuel Huapí y en los bosques de manzanos que bordean las estribaciones australes de los Andes (1).

De todas las montañas que la fe puede mover, sin que lo haya intentado hasta hoy, la más alta que existe sobre la tierra es la monstruosa cordillera de las ideas falsas acerca de las creencias ajenas. Para los gauchos, pues, y para los vagamundos (forjados en sus propias fraguas) que constituían esa escoria civilizadora que flota a la vanguardia de la inundación del progreso, en los desiertos del mundo, el Arbol del Gualicho era considerado un objeto de veneración y de terror a la vez, del que no convenía hablar en vano excepto estando borracho, o cuando, por hallarse reunidos diez o doce, mostrar miedo era indigno de un hombre.

Entre los indios y en la opinión de todos aquellos que los conocían bien, el árbol era solamente un altar en el que colocaban ofrendas voluntarias de objetos que, aunque inútiles para ellos, podrían ser aceptados y guardados como cosa preciosa por un dios, teniendo en cuenta la diferencia entre sus respectivas naturalezas.

En consecuencia, flameaba al viento como una suerte de eterno árbol de Navidad, adornado con cabestros rotos, estribos, latas viejas, pedazos de ponchos raídos, boleadoras, puntas de lanza y cueros de animales, puestos por adoradores para quienes el nombre de cristiano significaba ladrón, asesino e intruso en sus tierras. No había indio que

(1) Thomas Falkner, *A Description of Patagonia, and the Adjoining Parts of South America* (London, 1774).

pasara junto a él sin suspender algo de sus ramas espinosas, porque el Gualicho, por su omnipotente malevolencia, era digno de ser propiciado, aunque no pareciese mostrar mayor discernimiento en cuanto a la calidad de las ofrendas que los fieles ataban a su santuario. En torno al árbol solitario, sacudido por el viento, con sus extraños frutos, acamparon muchas bandas de indios, con sus lanzas de veinte pies de largo clavadas en la tierra y sus caballos maneados, dando rígidos saltos al desplazarse en busca de alimento; en tanto que sus dueños mataban una yegua y comían la carne medio cruda, vertiendo la sangre sobre la tierra como una libación, y los hechiceros (como relata el padre Falkner) bailaban golpeando un tambor de cuero, hasta que caían en el trance en que los visitaba el Gualicho y les inspiraba aquello que los indios querían oír.

Los primeros viajeros en las llanuras del sur describen el árbol tal como era todavía hace apenas veinte años; parece que sólo lo interpretaron como una prueba de la baja posición de los indios en la escala humana. Si es así, si un árbol que levanta su copa, solo, en medio de una vasta llanura pedregosa, el único objeto vertical sobre el horizonte en muchas leguas a la redonda, no es objeto digno de adoración, o de que se lo imagine morada de un espíritu poderoso, es asunto que dejo a los misioneros, a los hombres de ciencia y a todos aquellos que, sabiendo poco, están seguros de que los salvajes no saben nada y consideran que la fe de éstos es de una naturaleza diferente de la propia. Pero, al fin de cuentas, no es la fe la única cualidad necesaria para fabricar una creencia. Sin duda los indios veían en aquel árbol la encarnación del espíritu de su raza, con toda su soledad y aislamiento de cualquier otro tipo humano. Dentro del árbol habría entrado, de algún modo misterioso, el espíritu de su propia larga lucha contra la naturaleza; la tristeza de la pampa, con sus extraños ruidos nocturnos; sus animales silenciosos, como el guanaco, el avestruz, el mataco, el quirquincho, la liebre patagónica; sus bandadas de flamencos rojos; los caballos, salvajes como antílopes y más ariscos que ningún animal de la tierra; el murmullo de las pajas cortaderas en los arroyos, donde acechan los pumas y los jaguares; el nacimiento de la primavera, que cubre la tierra de verbenas coloradas y de ese oscuro pasto de aspecto plomizo que crece en el *guadal*; los huesos gigantescos de extraños animales, extinguidos hace mucho, que en algunos lugares se hallan diseminados por el suelo; la magia solitaria de los días de verano, cuando se estremece la luz y en cada brizna de pasto tiemblan y se agitan las partículas algodonosas que trae el viento norte, mientras que todo lo castiga el sol, el dios universal adorado desde California hasta Punta Arenas por la totalidad de las comunidades de su raza.

También para los cristianos el árbol contenía recuerdos, pero era sobre todo una señal en el camino, aunque pocos pasaran —medio en broma, medio por esa confraternización que viene de un largo rato, aunque sea con enemigos— sin depositar la ofrenda de una caja de fósforos vacía, un pañuelo usado, un sombrero sin ala o una lata vacía de sardinas; algo, en suma, que presentase a la mente indígena la belleza de nuestra cultura y de nuestras artes. Un cristiano, al menos, había entregado su vida bajo aquellas ramas; un cazador de avestruces, quien, al ver que éstos escaseaban o bajaba el precio de la pluma o tal vez poseído del curioso deseo de tener un trabajo regular aunque aburrido, se había conchabado para llevar las bolsas del correo de Bahía Blanca a Carmen de Patagones, la población más lejana del sur en aquellos tiempos. Como el territorio que debía atravesar estaba expuesto a los malones de los indios y como, cuando se veía perseguido, tenía que tirar la montura a menudo y escapar *en pelo*, como dicen los gauchos, terminó hallando demasiado caro el reponer las monturas perdidas. Por consiguiente, hacia *en pelo* las ochenta leguas y esa costumbre lo había convertido en parte del caballo. Cazador de avestruces desde su juventud, no ignoraba que algún día tendría la muerte de aquéllos: de hambre, de sed o por la lanza de algún indio. Conocía bien el gran mar interior de pasto verde, donde los hombres dormían con la cara vuelta hacia el rumbo que debían seguir, porque sabían que aquel que erraba el camino perdía la vida, a menos que tuviera la dura suerte de llegar a una *toldería* y convertirse en esclavo. Bien conocía el antiguo cazador de avestruces todo lo relativo al desierto: sabía advertirlo todo instintivamente, mientras galopaba sobre la pampa; notar el vuelo de las aves; observar un humo distante y si los venados u otros animales se mostraban tranquilos o asustados; avanzar de modo que el viento le soplara siempre del mismo lado de la cara y, por la noche, marchar en dirección a alguna estrella. Sin embargo, sucedió un día, entre el primer pozo y el Río Colorado, que el caballo se le cansó tanto como él y, como se vio después por el rastro, tuvo que llevarlo al segundo pozo, que encontró seco. Entonces, después de padecer sed durante largas horas, debió de divisar el árbol del Gualicho y dirigirse hacia él, con la esperanza de encontrar viajeros que llevasen cueros con agua; alcanzarlo y, colgando en él los sacos de la correspondencia para que estuvieran seguros, quedarse errando a la espera de auxilio. Finalmente, después de fumar su último cigarrillo y arrojar la colilla sobre el pasto (donde la hallaron los que llegaron, demasiado tarde para salvarlo), se había sentado, estoicamente, para esperar el fin del cazador de avestruces. Su caballo había prolongado el esfuerzo durante una o dos leguas, por la senda, buscando el agua que sabía en el Río

Colorado y, habiendo hecho cuanto pudo, lo mismo que su dueño, murió en medio de ese redondel de pasto seco que deja sobre la pampa la última lucha del animal agonizante.

Señal en el camino de los gauchos errabundos; altar o dios de las tribus indígenas; curiosidad de la naturaleza para los hombres de ciencia que, como Darwin, puedan acampar bajo sus ramas; y, para el humorista que mira el mundo con cierta tristeza a través de su humor, un árbol de Navidad espinoso, pero redimido apenas de ser del todo grotesco cuando, entre sus frutos heterogéneos, le ocurría sostener una mano o un pie humanos, o una larga guedeja de cabello renegrido, arrancada a la cabeza de alguna cristiana cautiva: que por largo tiempo se mantenga en pie.

Aquellos de ustedes que, en el futuro, al salir de Bahía Blanca, pasen el Romero Grande, dejen el Cabeza de Buey sobre la derecha y, en el Río Colorado, cambien la pampa de los pastizales por las llanuras pedregosas del sur: ojalá encuentren agua en ambos pozos y, al llegar al árbol, no le corten ramas para encender el fogón ni le aten al tronco caballos que se refrieguen contra su corteza. Recuerden que fue catedral, iglesia, ayuntamiento y centro de una religión y de las vidas de hombres que se han ido; al recordarlo, reflexionen que, desde Bahía Blanca hasta El Carmen, fue en un tiempo la única cosa viva que alzaba la copa por sobre el pasto y los arbustos espinosos y achaparrados. Déjenlo pues, que se levante sobre su meseta pedregosa, justo allí donde la Sierra de la Ventana se pierde de vista, próximo al segundo pozo, en la mitad misma de la *travesía:* un solitario mojón natural, que en otras épocas llevaba frutos madurados en la imaginación de una raza bárbara, virtuosa al menos por la constancia de una fe firme a pesar de los ruegos desoídos; una lápida, levantada por la casualidad o por la naturaleza, para señalar el paso de bandas que cabalgaban con paso ligero en su viaje hacia Trapalanda (1) —que pasan o que ya pasaron—, tan silenciosamente que los vasos sin herrar de sus caballos no dejaron casi rastro sobre el pastizal.

(1) En varios de sus relatos sobre los indios se refiere el autor a *"La ciudad mística de Trapalanda, a donde cabalgan los indios cuando terminan el último galope"* ("El gaucho"). *"Pues bien, hoy ya los toldos [...] han desaparecido. Todos esos jinetes desaforados, hoy galopan en Trapalanda, aquella ciudad misteriosa en que jamás cristiano alguno sofrenó su caballo".* ("Los indios").

ANASTASIO LUCENA
(de "*A Hatchment*, 1913)

Estábamos en un remolcador, tan cerca de la costa que podíamos oír los ruidos de la ciudad y ver sus luces, tan cercanas, que parecía se podían tocar estirando la mano. El "sereno" cantaba cada hora, después de haber saludado a la Santísima Virgen con largo lamento, anunciándonos que la noche estaba apacible.

Aunque habíamos permanecido retenidos allí tres días, ninguno de nosotros podía dormir, parte por los mosquitos y parte por el incómodo movimiento del barco en la corriente barrosa del Río de la Plata.

Tres de nosotros matábamos el tiempo pescando y contando cuentos cuando nos sentábamos a fumar, que era el recurso de los viajeros en aquellas circunstancias. Nuestra colección estaba exhausta y, después de quedarnos sentados en silencio bajo el sofocante calor, Mansel dijo de pronto:

—Ya les he referido todos mis cuentos, pero puedo acordarme aún de "algo" que, aunque sin historia, dejó grabada en mí una fuerte impresión.

Nosotros lo miramos con agradecimiento cuando se sentó y empezó a cortar un poco de tabaco sobre su bota de montar, con un cuchillo de cabo de plata.

Alto, moreno, musculoso, ojos redondos y salientes, bigote ralo; la piel curtida por el sol y de un rojo obscuro; espeso cabello castaño cortado al rape igual que un soldado francés o, como él mismo decía, "como lomo de perro".

Aunque llevaba las amplias bombachas de merino negro que usaban "los hombres de campo" en aquella época, metidas dentro de altas botas de charol, "dormidas", como decimos, en sus espuelas, se veía de primer golpe de vista que había sido marino.

El mar deja marcas en sus devotos, que ni aun el tiempo puede borrar por completo, tal vez porque, siendo un elemento tan hostil a la especie humana, la dificultad para acostumbrarse a todas sus modalidades altera a un hombre para toda la vida. Aspero al hablar e irascible,

era uno de aquellos que en sus diccionarios nunca han dado con el verbo "temer".

Arrolló lentamente un cigarrillo, envainó el cuchillo de mango de plata detrás de la espalda, dejando que la mitad se asomara por debajo del codo derecho y, después de echar por boca y narices una especie de "solfatara" de humo azul, dijo:

—Sí; llamen a mi relato una memoria, un recuerdo... pues no es un cuento; es sólo un hecho que yo evoco tan nítidamente sin poderlo olvidar, tal como sucede con una cosa que se ha visto al resplandor de un relámpago...; tal vez la palabra sería...

Uno de nosotros, intervino:

—Una impresión.

El meneó la cabeza y empezó su relato.

—La noche me agarró a muchas millas de toda vivienda, con el caballo cansado y bajo una tormenta de viento y lluvia como sólo las hay en la llanura. Al principio galopé, esperando llegar a algún lugar donde pudiera pasar la noche bajo techo, y entonces, cuando la obscuridad empezó a ponerse más densa, mi caballo, impermeable a las espuelas, empezó a andar al paso que en esas partes llaman "el trotecito".

"Luego de andar más o menos una hora tropezando en la obscuridad, rota ocasionalmente por la luz de los relámpagos que parecían correr a lo largo del suelo, me encontré de pronto al borde de un arroyo que parecía imposible de cruzar, y teniendo que seguir por la orilla para encontrar un vado, el trotecito se convirtió en tranco.

"No importó que lo espoleara, nada podía hacer mover a mi caballo; pero justamente cuando estaba pensando que tendría que pasar la noche afuera, creí oír el lejano ladrido de un perro. El caballo también lo había oído y, dándose vuelta hacia el lado del que aquél venía, lo sentí dar señales de vida, y partió de nuevo en un lento y desordenado trote.

"Parecíame haber andado durante horas, hasta que por fin el ladrido del perro aumentó en furor y, a la distancia, una débil luz fulguró, más que brilló, como si fuera la linterna del mástil de un barco en el mar.

"Refregándome contra los altos cardos y a fuerza de rebenque y espuela, dirigí mi caballo, tan cansado que apenas podía arrastrarse, hacia los ladridos del perro.

"Por fin, surgimos de entre las altas pajas que visten las pampas del Sur, al espacio libre, delante de una casa. Aunque muy obscuro, noté en seguida la diferencia, pues el suave crujido de los pastos silvestres, que suenan en la noche casi como si uno anduviera dentro del agua, cesó, y empecé a oír las pisadas del caballo sobre el piso duro y trillado.

''La majada de ovejas estaba balando en el «chiquero», (1) y cuando fuí hacia ellas adiviné, más que vi, las pilas de ramas secas que formaban el cerco, de la misma manera que uno las ve entre los árboles. Allí estaba el corral, del cual un olor agrio, que se desprendía de todas las lanas de la majada, flotaba en el aire de la noche.

''Avanzando un poco más, vi la casa: un «rancho» bajo, de barro y zarza y techo de paja. A través de los intersticios de las paredes, se columbraba el reflejo del fogón, que ardía en medio del piso. Parecía como si al fin, después de largos años de lucha con la tormenta, hubiera alcanzado en alguna forma un cielo.

''El «rancho» se alzaba desamparado sobre la ancha planicie. Ni árbol, ni arbusto, ni jardín, ni ningún parche de tierra cultivada que lo separara del llano, que parecía fluir de todos lados hacia él.

''Un cuero de yegua seco y arrugado formaba la puerta y, como el viento golpeaba contra ella y se colaba por los quicios, aquél se movía, haciéndome recordar una vela de bote anclado en un desembarcadero.

''Enfrente mismo de la puerta, a más o menos veinte yardas, estaba clavado un poste de «ñandubay», al cual se ataban los caballos y, espoleando al mío en esa dirección, grité:

''—Ave María Purísima —y recibí la contestación:

''—Sin pecado concebida.

''Un hombre pareció surgir de la obscuridad y me dijo con voz suave:

''—Bien venido sea: bájese y deje su caballo suelto. Está muy cansado para que se le vaya.

''Y espantando a la jauría de perros ladradores, me condujo de la mano adentro de la casa.

''El cuero de yegua se cerró detrás de nosotros, borrando la noche. El brillo luminoso de la llama del fogón era enceguecedor para mis ojos frescos por el viento y la lluvia.

''—Siéntese nomás, sobre una de esas cabezas de vaca —dijo mi anfitrión—. Su caballo no se puede ir muy lejos, y si está cansado para viajar mañana, yo le prestaré uno de los míos.

''Hablaba y como estaba parado delante del fuego, erguido y corpulento, con su larga melena de pelo negro como el azabache, un poco salpicado de gris, cayéndole sobre los hombros, vi que era ciego. Sus ojos parecían perfectos, pero, evidentemente, no veía nada y, cuando

(1) Conversé con don Roberto sobre este término y él me aseguró que ''chiquero'' se llamaba el corral de las ovejas en la época en que él vivió en la Argentina. (Nota de la traductora, Celia Rodríguez de Pozzo). En el ''Pequeño Larousse Ilustrado'', última acepción, encontramos: ''*Rioplat.* Establo, corral''. Esta acepción no figura en el DRAE.

hombres.

''Siguiendo las instrucciones de mi anfitrión, puse un costillar de cordero a asar, atravesándolo con un asador que él me dijo encontraría clavado en el techo. El asado chisporroteaba y sus ricos jugos caían dentro del fuego, haciéndolo aumentar. Como se iba dorando lentamente, dimos una vuelta de «mate», habiendo puesto yo a la mano del ciego la pava y la yerbera.

''La costumbre lo había puesto tan práctico que le era muy fácil verter el agua en el agujero de la calabaza, tal como lo es para el hombre acostumbrado a envainar una espada en la obscuridad. Así es como, después de haber llenado el mate y darle una larga chupada para ver si estaba bueno, me lo pasó. Yo sorbí la mezcla caliente y amarga con la avidez del hombre que ha estado sacudido por la tormenta y no ha comido nada desde el amanecer.

''Mi huésped no tenía la natural curiosidad del hombre indefenso en la frontera por saber si allí cerca había ocurrido un reciente movimiento entre los indios, aunque su destino no habría sido incierto, si en cualquier momento, aun en la noche que estábamos sentados conversando, aconteciese que una partida de pampas pasara por allí.

''—Nuestras vidas —dijo— están en manos de Dios.

''Verdad difícil de contradecir, aunque al mismo tiempo, situados como estábamos, la intervención de un buen caballo pudiera haber ayudado al destino. Y cuando en ocasiones él se quedaba atendiendo, el mate a mitad de camino de sus labios, con la forzada atención que ponen los ciegos en su actitud al escuchar y que los hace aparecer como si tuvieran otro sentido, yo lo miraba con cierta intranquilidad, hasta que decía:

''—No es nada; es solamente un padrillo repuntando su manada.

''—Todas las noches —agregó— ensillo mi caballo y lo dejo atado bajo una enramada detrás de la casa, y si yo consiguiera aunque sólo fuera colocarle la mano sobre la crin, podría todavía darle un baile a los indios.

''Notó mi asombro, y agregó:

''—Montaría poniendo mi mejilla del lado del viento y, como la noche es obscura, yo y los indios estaríamos en igualdad de condiciones. Es el hecho que yo creo que si hubiera alguna ventaja estaría de mi lado, porque conozco todos los campos en muchas leguas a la redonda, tan bien que los puedo cruzar fácilmente aunque sea ciego.

''Yo lo miré y pensé: ¡Qué bien quedaría su linda figura envuelta en la doble obscuridad, con el pelo flameando al viento y los ojos abiertos, pero sin vista, galopando a través de la noche!

''Cuando el asado estuvo listo, descolgué de una percha el cuerno

que contenía la salmuera y lo rocié. Entonces, con gesto cortés, el ciego se dirigió al asado y nosotros también; partiendo grandes trozos con los cuchillos y sosteniendo una punta con los dientes y otra con la mano, cortábamos una rebanada a la altura de nuestros labios.

"Hablamos sobre motivos usuales del campo, de marcas de caballo, malones de indios, de las formas execrables de gobierno, de la langosta y de todas las cosas que en aquellos países reemplazan los informes del parlamento, de los tribunales y de todas las villanías de la vida de ciudad. Luego nos acostamos sobre nuestros recados, después que el alto gaucho ciego hubo rezado el rosario.

"La mañana amaneció linda y clara, con una ligera membrana de rocío sobre los pastos. En el «chiquero» las ovejas estaban balando para que las soltaran y el ganado levantándose sobre las lomas; parecían camellos cuando se enderezan con las cabezas en alto y los cuartos traseros inclinados hacia el suelo. Un lejano monte detrás de un pequeño albardón, veíase colgando, como suspendido del cielo, y sus árboles crecían hacia la tierra por efecto del espejismo, y del mundo venía olor de frescura y sensación de nueva vida.

"Mi caballo no estaba en condiciones de seguir viaje y, cuando el muchacho echó la tropilla al corral, Anastasio Lucena desensilló y soltó al caballo, que siempre dejaba atado durante la noche por temor a los indios, el que se revolcó y después se alejó al galope, relinchando, en busca de sus compañeros.

"Parado en el corral y mientras yo revoleaba el lazo por encima de la cabeza dos o tres veces para ver si no estaba enredado, le dije a Anastasio.

"—¿Qué caballo puedo agarrar?

"Miró hacia ellos, tal como si los viera perfectamente y contestó:

"—El que usted quiera, menos el doradillo chico, pues es de la silla de mi mujer y ella debe volver pronto de la ciudad, donde ha ido a comprar ropa para los chicos.

"Como la tropilla galopaba alrededor del corral, elegí un bayo con cola y crines negras, le arrojé el lazo, que se desenroscó como una víbora y se fijó alrededor del pescuezo del animal.

"—¿Cuál agarró? —preguntó Anastasio, y yo le contesté:

"—El bayo oscuro.

"Se sonrió y dijo:

"—Un poco ligero es para montar, pero buen caballo. Bueno, suéltelo esta noche después de obscurecer cuando alcance la estancia La Cascada, unas diez leguas cortas de aquí, y a la mañana estará de vuelta en las casas. Su caballo lo he acollarado con la madrina, y puede mandarlo a buscar dentro de una semana, cuando esté descansado y listo para trabajar de nuevo.

''Ensillé, agradecí a Anastasio Lucena su hospitalidad, quien contestó que era mi servidor y que su casa sería la mía cuando quiera que pasara por allá. Entonces monté, no sin dificultad, pues el bayo era rápido como el relámpago en las vueltas que daba al poner el pie en el estribo y se apartaba con ímpetu.

''Después que pasó el primero y segundo corcovo, el caballo se sosegó, partiendo en un tranquilo galope. Me di vuelta hacia el rancho donde había pasado la noche. Sobre el umbral estaba parado su dueño, alto y erguido: el largo y negro cabello veteado de gris cayéndole sobre los hombros, me recordaba algunas estampas de Cristo que había visto. La cabeza dirigida hacia el tropel de nuestro galope y con los ojos abiertos, parecía estar en armonía con toda la pampa en su indomable grandeza''.

Mansel quedó callado. Pasóse las manos por los ojos que parecían apenados por la intensa impresión que habían recibido tantos años atrás, y como hablando consigo mismo murmuró:

''—Adiós, Anastasio Lucena, o tal vez debiera decir: hasta la vista. Quizá ya ha emprendido su «largo galopito» en el cual su falta de vista no será un impedimento para él, o tal vez esté ahora mejor que nosotros. ¿Quién sabe? De todos modos, ha venido hacia mí esta noche y me alegro de poder agradecerle de nuevo su hospitalidad y su excelente bayo oscuro''.

INDICE

LECTORES DE BANDA ORIENTAL
COLECCION DE VENTA EXCLUSIVA A SUSCRIPTORES
Cuarta Serie

1. HORACIO QUIROGA: Historia de un amor turbio
2. MARIO DELGADO APARAIN: La balada de Jhonny Sosa
3. EDITH WHARTON: Fiebre romana y tres cuentos de fantas
4. LUIGI PIRANDELLO: La renta vitalicia. (Cuentos)
5. ANDERSSEN BANCHERO: Un breve verano.
6. G.K. CHESTERTON: Historias del padre Brown.
7. JOSE PEDRO DIAZ: Los fuegos de San Telmo.
8. JOSEPH CONRAD: Una sonrisa de la fortuna.
9. SYLVIA LAGO: El corazón de la noche.
10. EDUARDO HERAS LEON: Los pasos en la hierba.
11. JULIO C. DA ROSA: Hombre-flauta y otros cuentos.
12. KATHERINE MANSFIELD: En la bahía.
13. EL LICENCIADO PERALTA: Crónicas de la violencia en siglo XIX.
14. LEON TOLSTOI: Los dos húsares.
15. J.J. LACOSTE: Los veranos y los inviernos (novela).
16. F. WERFEL: El culpable no es el asesino sino la víctima.
17. R.B. CUNNINGHAME GRAHAM: Relatos del Río de la Pla

Se terminó de imprimir
en TRADINCO S.A.
en el mes de agosto de 1988
D.L. 234882/88
Esta edición está amparada
por el Art. 79. Ley 13.349

lectores de banda oriental

/cuarta serie

